





La Madera  
Crónicas de un barrio invisible

Edgar Alonso Muñoz Delgado



*Cielos de Arena*

La Madera  
Crónicas de un barrio invisible

Primera Edición: Febrero de 2002  
© Edgar Alonso Muñoz Delgado  
© Fondo Editorial Universidad EAFIT  
Carrera 49 No. 7 Sur-50. Medellín  
<http://www.eafit.edu.co/fondo>  
ISBN: 958 - 8173 - 01 - 9

Fotografía de carátula  
*Casa de Joaquín Patiño. Su hija "Genia" con su esposo. 1998*  
Foto tomada por Ángela Castro A.

Dirección editorial:  
*Leticia Bernal V.*

Diseño de colección:  
*Alicia Calle D.*

Editado en Medellín,  
Colombia, Sur América

*A Clementina, Carmen,  
Gloria y Estela  
A Luis Eduardo  
A mi esposa y mis hijos*





## Agradecimientos

**S**in excepción, a todos los habitantes del barrio La Madera de Bello, por abrir sus puertas físicas e intangibles a la mirada curiosa y, a veces, impertinente del cronista. A los despachos parroquiales de las iglesias de Nuestra Señora del Rosario y San José Obrero del municipio de Bello, por facilitar la consulta sin “trámites previos”. A Meggy y a Juan David Fernández, sin cuya oportuna, refrescante, generosa y desinteresada colaboración juvenil, este trabajo hubiera tardado mucho tiempo más.

Y un reconocimiento especial para las comunicadoras Ángela Castro Arango y Rubiela Vargas Jiménez, compañeras de viaje en el trabajo de investigación.







## Tabla de contenido

Preámbulo .....	11
I. Orígenes .....	23
II. Territorio .....	31
III. La Isla .....	41
IV. La Diáspora .....	49
V. La Virgen .....	67
VI. El Río .....	77
VII. La Urbe .....	89
VIII. Hoy .....	103
IX. Final .....	111
Apéndice: Cuadros genealógicos .....	113
Fuentes .....	123





## Preámbulo

**E**l barrio La Madera del municipio de Bello, en el departamento de Antioquia, Colombia, se originó con la mano de obra esclava que, desde los tiempos de la colonización española, los hacendados del sector trajeron para laborar en el cuidado y atención de sus tierras, dedicadas en su mayor parte a la ganadería extensiva y, en menor escala, pero igualmente importante, al cultivo de maíz, caña de azúcar y caña panelera.

El negro africano, dedicado en su continente de origen a estas labores, fue sedentario. Este rasgo cultural explica la historia de los asentamientos negros del norte del Valle de Aburrá, caracterizada por la conformación de comunidades estables, con sentido de pertenencia a un territorio, cuyos miembros consolidaron fuertes lazos de identidad, basados en los entrecruzamientos biológicos y en unas maneras comunes de hacer y sentir las cosas, hasta configurar un imaginario compartido, que elabora signos y significados en cada asentamiento, de manera particular.

Así por ejemplo, con la vereda San Andrés del municipio de Girardota, situada a unos veinte kilómetros al norte del barrio La Madera, cuya historia reconstruible data de algo más de doscientos años, se encuentran elementos afines como la procedencia, relaciones sociales de sus habitantes y el proceso mismo de mulataje, mientras existen diferencias notables en su

comprensión religiosa, en la determinación del santo católico de adoración y en aspectos relacionados con la música y las danzas. Lo mismo ocurre con otras comunidades negras más cercanas en la distancia, que se constituyeron en sociedades cerradas y, claramente, diferenciadas unas de otras.

Por hallarse en el límite territorial con la ciudad de Medellín; por su vecindad con el río –eje articulador del desarrollo del Valle de Aburrá– y porque su entorno fue el escenario más importante, hacia el norte, de la industrialización durante los años finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, la historia particular de La Madera expresa, en alguna medida, la historia del proceso de urbanización del Valle de Aburrá, en tanto sintió de manera directa el impacto de cada fase de su transformación.

El asentamiento –cuya extensión no ocupa hoy más de tres manzanas– alberga a los descendientes directos de los primeros habitantes e ilustra con los diseños de sus viviendas, algunos modelos de arquitectura popular en diferentes épocas: desde las primitivas casas de bahareque con techo de palma, hasta las modernas construcciones de hoy. El espontáneo trazado urbano de apariencia desordenada ejemplifica, con sus callejones, un diseño común en la mayoría de ciudades con un proceso histórico importante.

A pesar de su pasado bicentenario el barrio La Madera es, por ahora, invisible, pues sus calles quedaron ocultas a la mirada del transeúnte y en los documentos oficiales es difícil encontrar alusión alguna, como si se tratara de negar la existencia de uno de los más notables vestigios históricos vivos de la transformación del campo en ciudad, al tiempo que sus habitantes, de estrato económico bajo, son mirados con desconfianza y como extraños, por los residentes de las nuevas urbanizaciones del sector.

La crónica no pretende sustituir los estudios de rigor histórico, pero su base conceptual la determinan las modernas ciencias sociales y humanas al señalar que el reconocimiento y estudio de los hechos particulares, en este caso locales, coadyuva a la comprensión de los fenómenos generales.

Recoge, con intención comunicacional, las historias de vida de sus habitantes, reconstruidas a partir de la memoria oral y de fuentes documentales y bibliográficas que precisan datos relacionados con la conformación de los troncos familiares, las características geológicas del suelo, la transformación de los ambientes, los momentos más destacados en el desarrollo de los

medios de transporte, el proceso de industrialización y otros que facilitan la contextualización del relato.

Si bien el estilo acude al lenguaje literario y se usa libremente, como es propio de este género periodístico, son mínimas las licencias dadas a la ficción, a fin de evitar alteraciones o interpretaciones innecesarias a una realidad contundente por sí misma. En los escasos pasajes en que fue necesario hacerlo, se tuvo especial cuidado en la reproducción de los ambientes y la psicología de los personajes. De ello da fe la comunidad misma.

Finalmente, y para facilitar la comprensión del lector ante la inevitable repetición de nombres propios, se entregan las genealogías familiares en cuadros de resumen que contienen la relación de personas desde los primeros datos documentados en los archivos parroquiales, hasta los adultos mayores de hoy, y se incluyen algunas fotografías extraídas de los álbumes familiares, en las que se aprecian aspectos del paisaje antiguo, rasgos fenotípicos de los madereños, características de su indumentaria y se identifican varios de los personajes descritos.

## Localización y caracterización general

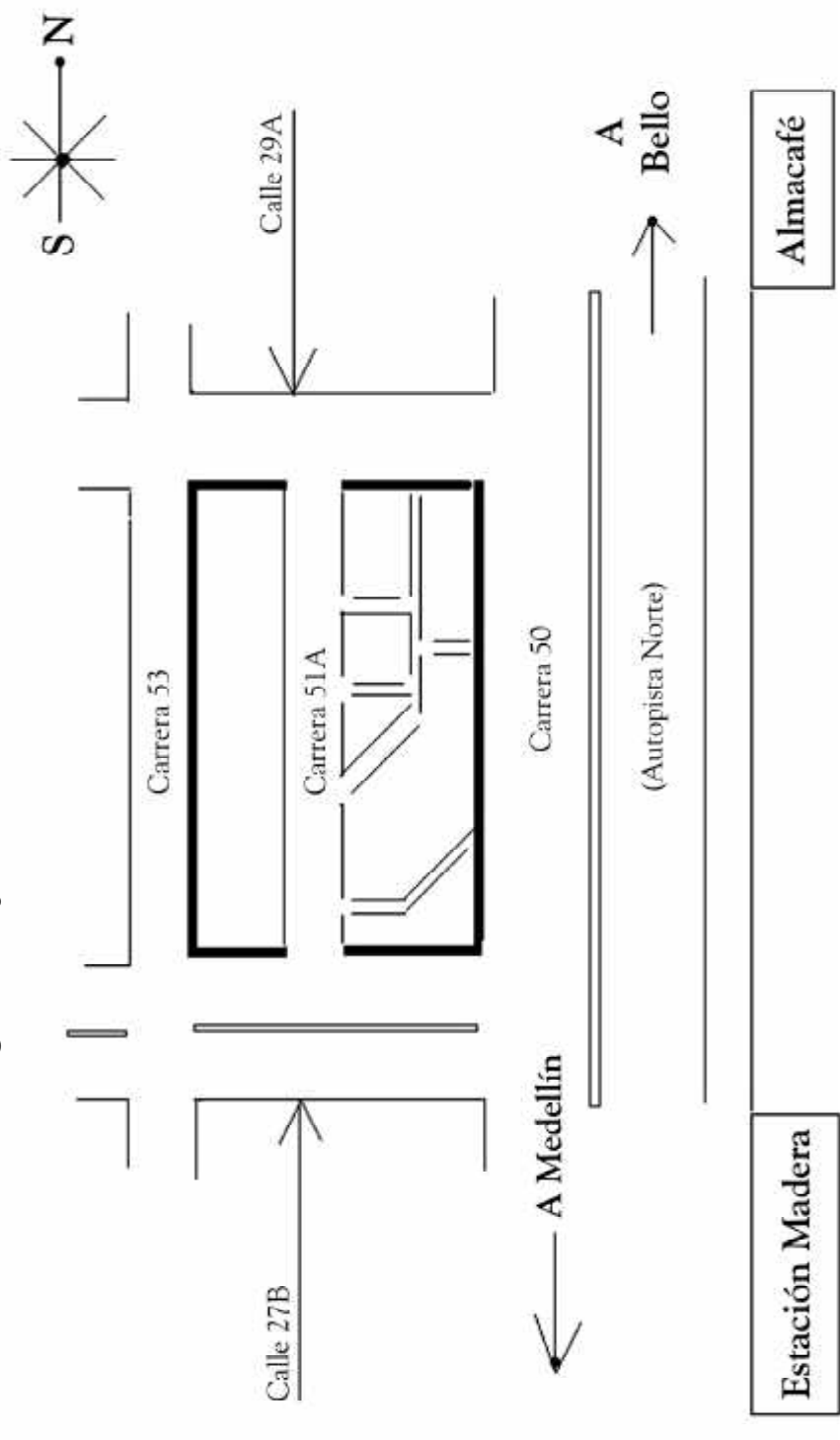
El barrio La Madera está situado al costado izquierdo de la Autopista Norte del Valle de Aburrá, asiento de la ciudad de Medellín y su área metropolitana, de la que forma parte integral. La Autopista corre paralela al río y el barrio se ubica en la frontera sur del municipio de Bello a cuya jurisdicción pertenece, frente a las instalaciones de los silos de Almacafé y ligeramente en diagonal a la estación “Madera” del Metro. Lo rodean los barrios “La Cabaña”, “La Cabañita”, “La Florida”, la unidad habitacional “San Felipe” y la unidad comercial “Guayacanes”.

## Límites

Norte: Por la calle 29A con el barrio “La Florida”, desde el cruce con la carrera 53 hasta la carrera 50 (Autopista Norte).

Sur: Con el barrio “La Cabaña” por la calle 27B. Desde la carrera 50 (Autopista Norte) hacia el occidente, hasta el cruce con la carrera 53.

### Plano general y localización del barrio La Madera



Oriente: Por la carrera 50 (Autopista Norte) con la zona industrial, desde el cruce de la calle 29A hasta el cruce con la calle 27B.

Occidente: Por la carrera 53 con los barrios “La Cabaña” y “La Florida”, desde la calle 27B hasta la calle 29A.

De acuerdo con los pocos datos existentes en el Departamento Municipal de Planeación de Bello, el barrio La Madera alberga cerca de 900 habitantes, pero no hay estudios que caractericen su distribución por edades, géneros, niveles de escolaridad, salud pública, ni economía.







*Casa de tapia en los alrededores Madereños*



*Rocas que hicieron parte del paisaje madereño*



*Madereños en su barrio  
Año de 1955 aprox.*



*Actuales callejones del barrio La Madera*



“Ojalá tuviese yo palabras desconocidas,  
Expresiones y dichos en un lenguaje fresco  
que no hubiese sido envilecido.  
Alguna frase que no estuviese enmohecida”

*Anónimo egipcio*





## I. Orígenes

*“Cuando yo nací, esa gente hacía muchos años que estaba aquí; todos, tanto los Escobares como los Galeano, los Patiño y los Paniagua. Ellos estaban aquí hace mucho tiempo, cuando nosotros nacimos”*

Daniel Paniagua Vásquez, 70 años

Lo que la gente todavía no sabe con certeza, es que sus ascendientes primeros ya estaban ahí desde mucho tiempo antes de que Medellín tuviera su apariencia actual y que, desde entonces, los Galeanos, Patiños, Escobares y Paniaguas ya se casaban unos con otros y otros con unos, tal como lo hacen exactamente hoy, después de más de ciento ochenta años de historia compartida.

Algo que tampoco saben, es que esos troncos familiares, formalmente documentados, se originaron cuando los amos esclavistas, dueños de las haciendas que, por entonces, conformaban administrativamente una Rancharía, les permitieron unirse, como matrimonio, bajo los preceptos de la iglesia católica, pues antes estuvieron convencidos de que los esclavos no tenían alma; por eso, Silverio Paniagua y Lorenza Meza, esclavos de Don Miguel Demeza, según la partida sin numerar del tres de agosto de 1811 de la Parro-

quia de Hato Viejo, originaron con su unión una de esas líneas que al cruzarse con las otras y, a su vez, las otras con las otras, en las que hay libertos con blancos y actos de amor efímero, aparecen como responsables de que todos sean parientes consanguíneos, aunque en épocas recientes, los mayores quisieron, muchas veces, ocultarlo.

Por la época en que Silverio y Lorenza recibieron la sacra bendición nupcial, Colombia no se llamaba así, ni era estado soberano, aunque empezaba el proceso político, militar y económico de independencia de la monarquía española, y hacía un poco más de un año que en la capital del Nuevo Reino de Granada –hoy Bogotá– el señor que registran los libros de historia con el apelativo de “El Tribuno del Pueblo”, se había echado una enfática perorata desde un balcón de la plaza principal, ante una masa de enruanados y somnolientos santafereños, sacados de sus casas en una de las primeras acciones puerta a puerta que conocieron estos lares, luego de una reyerta por un famoso florero. De los sucesos de Santafé de Bogotá no se enteraron Silverio ni Lorenza, tampoco Micaela, la mamá de Florentina, ni Gregorio Patiño ni Josefa Galeano, padres del primer Nepomuceno y en las mismas quedaron María Antonia Correa madre de la primera Pastora, Juliana la mamá de Gorgonia, y Marcelo y Teresa, quienes engendraron a la primera Dolores, personas responsables de la existencia de La Madera.

Y no es que los madreños ignoren sus parentescos por razón de los tantos años transcurridos, sino porque, cuando los hijos en su natural curiosidad preguntaban a los padres acerca de los orígenes, normalmente recibían como respuesta otra pregunta y una sentencia definitiva: “*¿Y usted de dónde sale con eso?, ¡cállese y póngase a hacer algo que sirva!*”

Lo cierto es que de esas uniones nació, por una rama, Juan Nepomuceno Patiño Galeano –primer Nepomuceno– quien se casó con Pastora Correa –la primera Pastora– empezando 1844; por otra, Pedro Telmo Paniagua Meza –primer Telmo– quien lo hizo con Dolores Escobar –primera Dolores– a fines de 1845 y por otra más, Florentina Galeano madre del primer Saturnino.

Las bodas, cuando hubo tales, se celebraron como las de sus antepasados en la Parroquia de Hato Viejo, un austero templo de una sola nave, levantado en 1776 en el costado sur del parque principal del poblado que, en ese

entonces, era considerado aldea y estaba dividido administrativamente en cuatro rancherías, pues las tierras tuvieron ranchos y corrales de carácter provisional, de acuerdo con el uso ganadero que le dieron los españoles. Asentamiento que más tarde trocaría su nombre por Bello de acuerdo con la solicitud de un grupo de habitantes, elevada en octubre de 1883, al “ciudadano presidente” del Estado de Antioquia, por hallarse ofendidos con el nombre que consideraban “más propio para una manada de cuadrúpedos”, según las recopilaciones hechas por historiadores.

Claro, el Estado acomodaba sus cosas según como administraban sus intereses los jercas católicos, por lo que al ranherío La Madera le correspondía una Viceparroquia: La de “Nuestra Señora de Sopetrán”, construida como capilla de la hacienda del terrateniente Ignacio Gutiérrez, cuya historia particular se pierde en los centenarios espacios del asentamiento. El área física del ranherío abarcaba mucho más de lo que hoy pudiera cualquiera imaginar, pues se extendía desde la quebrada La Guzmaná, por el norte, hasta la quebrada La Madera en el límite sur con Medellín y desde la margen izquierda del río Aburrá, por el oriente, hasta donde empieza hoy el barrio París, al occidente, en terrenos que actualmente ocupan muy diversos barrios con nombres distintos, unidades residenciales y grandes complejos industriales.

En el lugar construyeron sus casas de tapia y teja de barro, pocos, pero grandes propietarios de tierras con pocas, pero grandes y hermosas fincas y, casi en medio de ellas, algunos pequeños propietarios que hacían sus casas de bahareque y techo de palma, mientras combinaban sus oficios de agricultores, pescadores y recolectores, con los de la arriería y la servidumbre en las casas de “los ricos”. A este último grupo pertenecían Florentina, Pedro Telmo y Nepomuceno.

## Dos viudo y tres casado

Nepomuceno Patiño y Pastora Correa tuvieron tres hijos –hasta donde se sabe– que fueron los encargados de consolidar los parentescos sanguíneos no sólo con los Paniagua, sino con los Galeano y los Escobar. El único

hombre, Cristino, es descrito por algunos como alto, acuerpado, mono y de ojos azules, hijo de cierto español que participó en una guerra que nadie sabe identificar, pero que pudo ser cualquiera de las que cotidiana y secularmente libra el país. Por otros, como bajito, de tez morena, muy severo, tomador de aguardiente y alegre cuando tenía los tragos en la cabeza. Si bien en el recuerdo de su apariencia física hay una crasa confusión, en lo que nadie se equivoca es en la historia de los tres matrimonios de quien, con el tiempo, se convirtió en el patriarca de los Patiño.

El primer matrimonio lo realizó con María de Jesús en 1888 con quien convivió por cerca de una docena de años, hasta cuando a ella la sorprendió la muerte. Cristino estaba joven, tenía los tres hijos que María le dejó, la energía íntegra del arriero y un enorme pedazo de esas tierras, pero no podía quedarse al cuidado de los retoños porque se necesitaban ingresos económicos y porque ése era oficio de mujeres, así que enamoró a Felicidad Escobar –primera Felicidad–, le pidió que le ayudara a levantar esos muchachos, la llevó hasta la Iglesia de Hato Viejo y ante el Sacerdote Alejandro Posada, párroco en 1900, contrajo su segundo matrimonio.

El tercero ocurrió 24 años después a raíz de la muerte de Felicidad. Le propuso a María Leopoldina, negra fuerte y bizca, casi cuarentona, de apellido Patiño e hija natural de Gorgonia, que se juntaran con la bendición del cura. Él casi cumplía los sesenta años y la decisión causó el disgusto de sus hijos como primera reacción y la posterior aceptación a regañadientes. En la misma Iglesia de las dos versiones anteriores repitió la dosis, pero algo tan inexplicable como la muerte de sus esposas, de cuyas causas no hay registro médico ni recuerdo en la memoria colectiva, aconteció esta vez.

No se sabe si es que el cura Félix Mejía tenía ya el cansancio de su actividad pastoral, o que delegaba, sin revisar, la elaboración de los documentos parroquiales en sus asistentes, o que tenía el sentido del oído algo atrofiado, o que Cristino quiso jugarle una broma, pero firmó la partida #120 archivada en el libro VII de matrimonios, en la que Cristino ya no se llamaba Cristino, sino que se llamaba Crispiniano. Como tal, celebró su boda, en la que oficiaron como padrinos uno de los hijos y su nuera.

Por los tiempos en que todavía se llamaba Cristino y se casó con Felicidad –la segunda esposa–, su casa era una de las cuatro que conformaban el



asentamiento. Esas casas las levantaron conservando el estilo de las construidas por sus padres, es decir, con muros de barro amasado a pie limpio y “cañabrava” amarrada con cabuya, dejando una distancia igual a un palmo de la mano entre caña y caña, conjunto y disposición de materiales conocidos como bahareque. El techo era de paja y el piso de tierra.

Ni pensar en servicios de luz y agua. A la oscuridad de las noches se le retaba con velas de sebo en los primeros tiempos y años después con caperuzas “Cóleman”. El agua llegaba hasta las casas encauzada por acequias que desviaban parte del curso paralelo de las quebradas “La Loca” y “La Madera”, hasta dos grandes tanques situados en predios de la finca “La Cabañita”, en los que se almacenaba para ser transportada, por más de cien metros, hasta las viviendas, mediante el uso de baldes, poncheras, vasijas de lata y toda suerte de variados recipientes.

Cristino no sólo se ocupó de enlucir las paredes de la construcción con tierra de boñiga traída de las playas del río, mezclada con cagajón y agua, y de pintarla con “bolo”, pintura mineral extraída de una peña cercana que da tonos rosados y amarillos, para que se viera bonita, sino que también le proporcionó a la primera Felicidad la alegría de más hijos en el hogar. Con ella tuvo dos hijos: hombre y mujer.

Para Felicidad la responsabilidad era triple. Por una parte era la madrastra de la segunda Pastora, del segundo Nepomuceno y de Joaquín; también era la madre de Gabriel y Lucila y, fuera de eso, la responsable de un hogar cuyo hombre pasaba la mayor parte del tiempo ausente transportando cargas de mercaderías en sus mulas, escupiendo tabaco, tragándose el humo de los cigarrillos “Victoria” y echándole madrazos a las bestias cuando los bultos se ladeaban en los duros caminos del nordeste antioqueño.

## Galeanos y Paniaguas

Mientras “Quitino”, como se le conocía a Cristino en La Madera, pensaba en armar el primer rompecabezas familiar, Saturnino Galeano, hijo natural de la negra Florentina, se anticipaba dos años, para casarse con Segunda Patiño Correa, mujer de apariencia frágil, rostro pequeño enmarcado por un largo cabello ondulado, de mirada color miel y hermana de Cristino,

en la misma parroquia a la que acudían todos, justo el año en que Colombia promulgaba la Constitución Política de Rafael Núñez; es decir, en 1886. Claro que los madreños nunca supieron del presidente Núñez ni de su Carta Magna.

De ese matrimonio son hijos Nacienceno y Saturnino Galeano Patiño – el segundo Saturnino –, quienes fueron los responsables de la prolongación del apellido Galeano en el lugar. Obviamente el patriarca de los Galeanos fue el primer Saturnino, o sea, Saturnino padre, y su apellido aparece en las partidas de la época escrito como Galiano.

Por su parte Manuel Paniagua –primer Manuel–, quien se convirtió en patriarca de esa familia, hijo del negro Pedro Telmo, se casó diez años antes que Cristino lo hiciera por primera vez –en 1878–, con Ascensión Patiño Correa, su otra hermana, en la Iglesia de Hato Viejo, mientras el primer Marcos Paniagua, arriero hermano de Manuel, con quien comparte el patriarcado familiar, lo hizo con María del Rosario, mujer extraña en La Madera, hace un poco más de cien años, cuando finalizaba el siglo XIX. Las uniones de los dos hermanos crearon sendas vertientes en la familia Paniagua.

Así pues, fue en la generación a la que pertenecieron el primer Saturnino, Cristino, el primer Marcos y el primer Manuel, cuando se aseguró, de una vez y para siempre, el emparentamiento de Galeanos, Patiños, Escobares y Paniaguas, y con ello la conformación de los troncos familiares decisivos en el poblamiento de La Madera.



*Nacienceno*



*Nacienceno y Luis*



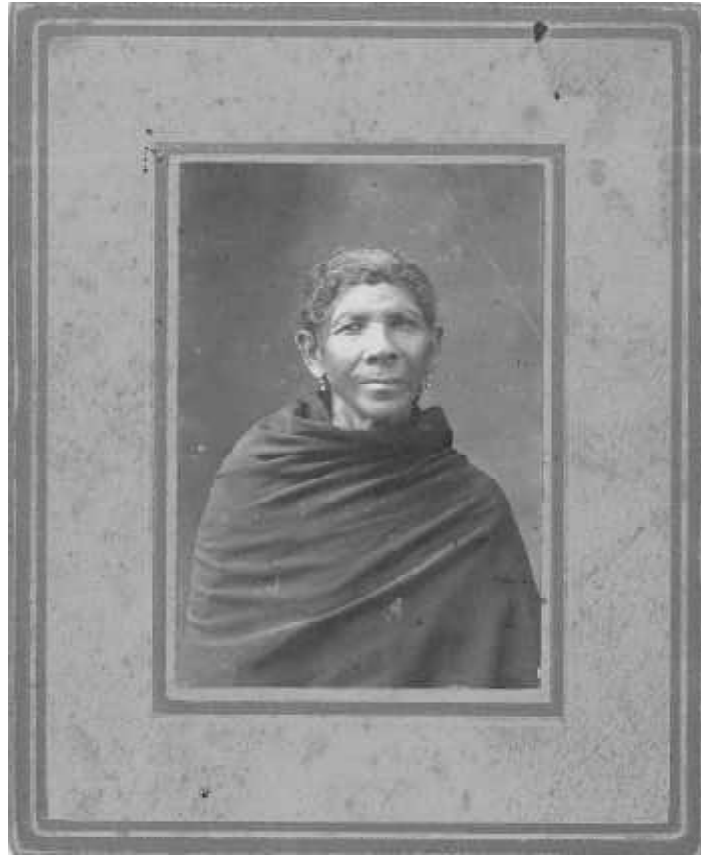
*Dolores (Lola) Paniagua  
1928*



*Dolores Paniagua "Lola" y Pedro Telmo  
1910 aprox.*



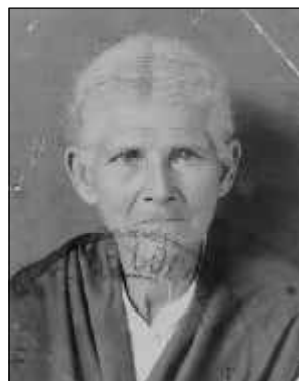
*María Lepoldina Patiño*



*Gorgonia Patiño*



*Ascención  
hermana de Cristino*



*Segunda Patiño Correa  
hermana de Cristino*





## II. Territorio

*“¡Ah!, es que la palabra de esos viejos era cosa seria.  
Un lindero, se paraban, una escupa aquí, la otra allá,  
amarre semejante piedra, abrían un hueco y ya está:  
un mojón; eso era pa’ respetarlo”*

Luis Eduardo Galeano Restrepo, 78 años

La memoria de los descendientes más viejos no alcanza hoy para develar el paisaje de los tiempos de Silverio y Lorenza, ni tampoco para explicar los mecanismos de posesión de esas privilegiadas tierras de aluvión, casi planas, situadas en el piedemonte cordillerano de la margen izquierda del río Aburrá, en la parte norte del valle que lleva su nombre.

Se sabe, por los historiadores, que los territorios iban pasando de mano en mano desde Don Gaspar de Rodas, conquistador que los arrebató a los aborígenes en el ocaso del siglo dieciséis, hasta sus descendientes y terceros, mediante titulaciones por “méritos”, herencias y convenios de compra y venta.

También se sabe, por las mismas fuentes, que desde el siglo dieciséis hubo propietarios que cedieron algunos terrenos a los negros cimarrones para laborar, con lo cual se estableció una costumbre practicada alrededor de 1850,

cuya pervivencia se rastrea hasta mediados del siglo XX, cuando ya no existían esclavos, mediante la cual los patrones, agradecidos con sus mejores trabajadores, les entregaban un pedazo de tierra para su manutención a manera de jubilación. No falta quien en Bello recuerde a los Builes, gobernantes de los tiempos modernos, por ejemplo, actuando de tal manera.

Pudo haber sido por compra o por expresión de agradecimiento de los hacendados –los historiadores tendrán que hacer las respectivas precisiones–, que los Galeanos, Patiños, Escobares y Paniaguas se hicieron dueños de una franja de tierra que no excede en tamaño a tres manzanas urbanas de las de hoy, en la que establecieron su hábitat, construyeron sus casas, –primero de bahareque, luego de tapia pisada y más tarde de “material”, es decir, de ladrillo y cemento–, se enamoraron, despertaron al sexo, tuvieron sus aventuras eróticas en esos incitantes ámbitos bucólicos, se mezclaron blancos con negros y procrearon hijos legítimos e ilegítimos. Se reconocieron unos con otros, adoraron la misma Virgen, cantaron juntos, se disgustaron, se pelearon, se ocultaron certezas, se dijeron verdades sólo para ofenderse y delimitaron sus espacios.

## Herencias

Como sucede en toda familia, unos suelen ser más avispados que otros; en la prole de Cristino el de más agallas resultó ser uno de los más simpáticos personajes que ha tenido La Madera: su hijo Joaquín, hombre alto, espigado, muy vanidoso, con complejo de blanco y tan racista que dudó de la paternidad de Cheche, el hijo que más se le parecía, sólo porque tenía la piel morena de un tono más intenso que el suyo; el mismo que con Carmen, su esposa, fue padrino del tercero y último matrimonio del patriarca cuando se llamó Crispiniano.

Un día cualquiera, en los tiempos en que Crispiniano ya no era Cristino y tampoco era arriero sino agricultor y estaba casado con la negra bizca –a quien abandonó: se fue de la casa de Gorgonia para vivir en compañía de los hijos que engendró con María de Jesús–, empezó a hincharse como los sapos cuando están bravos y quieren intimidar al enemigo, ante la incredulidad de familiares y vecinos.



Joaquín, aterrizado con lo que creía un sortilegio de su madrastra Leopoldina, la negra bizca, a quien le atribuían poderes tan especiales que creyeron verla convertida en bola de fuego rodar loma abajo y posarse sobre las tejas de barro de la casa de los hijos de Cristino, mientras desplegaba sus pesados faldones, decidió atender las alteraciones físicas del patriarca ante el temor que su cuerpo empezara a rajarse, para lo cual fue en la búsqueda urgente del médico Bernardo Moreno residente en el barrio Los Ángeles de Medellín.

Después de interminables y repetidas esperas en la antesala del consultorio, así como de fatigantes, minuciosos y muy rigurosos análisis, el Doctor Moreno encontró a Crispiniano con una severa insuficiencia renal y compromiso cardíaco; padecimiento que, en buen cristiano, los vecinos llamaban hidropesía y que nada tenía que ver con males de ojo, brujerías o algo por el estilo. Claro que el único que lo entendió así fue el Doctor Moreno, pues los demás persistieron en sus mágicas convicciones, a pesar de lo cual le confiaron al enfermo. El médico se encargó de asistir al paciente a cambio de una importante suma de dinero y Joaquín, para atender las exigencias del galeno, se vio precisado a pagar de su bolsillo, reservándose la contraprestación familiar en tierras y propiedades.

A pesar de los ingentes esfuerzos del médico, de los ríos de plata que Joaquín le transfirió, de las múltiples oraciones familiares por la recuperación de su salud y de la distancia con que mantuvieron a Leopoldina, Crispiniano murió de ochenta años de edad, mes y medio antes del fallecimiento de Gorgonia –su suegra y madre de la negra bizca– del mismo mal, a los ochenta y cinco. A partir de ese momento se volvió a llamar Cristino, tanto en la partida de defunción respectiva, como en la memoria de los madreños.

## Los demás

De ese modo, el mayor heredero de Cristino-Crispiniano Patiño fue Joaquín, quien, a su vez, decidió la manera de repartir los terrenos sobrantes entre hermanos medios y enteros, tíos y tías, según la memoria le permitiera acordarse de unos y olvidarse de otros.

Entre tanto, sus tías Segunda y Ascensión habían demarcado, por su parte, con los cónyuges Galeano y Paniagua sus áreas respectivas a pesar de las disputas que acompañaron las decisiones, pero que fueron heredándose de una manera algo más tranquila, aunque no falta quien asegure que la familia Paniagua también tuvo su Joaquín, en un hijo del primer Telmo conocido como “Mano Lucio”, un negro alto y flaco que recibió su cédula de ciudadanía cuando tenía setenta y dos años de edad, habilitándolo para ejercer el derecho al voto en las jornadas electorales destinadas a elegir “Diputados, Representantes, Concejeros Municipales y Presidente de la República” de su época, como consta en el documento conservado en el archivo de los herederos. Lucio nunca se apartó del carriel, ni siquiera cuando se ocupaba en labrar las vegas del río con la yunta de bueyes junto al tejtar de los Sierra, que estaba situado justo donde ahora se levantan los silos de Almacafé. Dicen que heredó las posesiones de la primera Dolores, las repartió a su antojo y murió soltero, sin probar nunca las mieles del placer carnal, a la avanzada edad de 88 años.

Pero, quienes afirman lo anterior, caen en contradicción con los que dicen que el primer heredero de las posesiones Paniagua fue el primer Marcos, el arriero que un día le pidió a algún artesano de Medellín que le hiciera la más bella imagen de la Virgen del Rosario para donarla a la parroquia, y que a Serafina, Andrea, Mercedes y Lucio les correspondió lo suyo. Añaden que Serafina y Lucio le cedieron sus derechos al segundo Marcos, es decir, a Marquitos el hijo de Andrea y sobrino del primer Marcos, a cambio de que atendiera sus vidas hasta el último minuto de existencia, y que éste, a su vez, ya anciano y sin fuerzas, legó posesiones y derechos a su hermana María Dolores –Lola, la inmaculada–, mientras le encargaba a su primo Jorge velar por ella, pues ya estaba añosa y algo delicada de salud.

María Dolores, por su parte, cuando se supo gravemente enferma resolvió poner sus asuntos en orden y firmó el testamento para nombrar como heredero de todas sus posesiones en La Madera a su velador; es decir, a Jorge Paniagua, hijo de Ramón y nieto de Mercedes, que se casó con Estela Rincón y ocuparon, en propiedad, la “Choza Paniagua - Rincón” considerada hoy Patrimonio Cultural del municipio, sin que en el rostro de Lola, cuando estampó su rúbrica en el documento, se afectara para nada cierta eterna y misteriosa sonrisa.

Claro, no todos quedaron conformes, pero ante sus reclamos pudo más la condición legal de los trámites descritos, que contaron con la determinación a voluntad de los interesados, tal y como sucede ahora, tantos años después, con la heredad de Alberto, nieto del primer Marcos.

En cambio, y curiosamente, los conflictos por herencias entre algunos de los Galeanos, aparecen al final del siglo XX y comienzos del XXI, muchos años después de que se establecieron los espacios de cada tronco familiar y de que las sucesiones fueran apacibles.

Los Escobar, entre tanto, nunca fueron primer apellido en el sistema patrilineal y, por ello, se tornaron minoría y perdieron protagonismo, pese a lo cual definieron con precisión sus lugares, utilizando para ello grandes piedras a manera de hitos o mojones que colocaban en el sitio señalado con un escupitajo, luego de los acuerdos verbales con los colindantes, conforme lo hicieron todos los demás.

Hoy es posible reconstruir fácilmente esa distribución porque todavía, con el paisaje absolutamente cambiado, Galeanos, Patiños, Escobares y Paniaguas siguen en los sitios originales, como si no hubiera transcurrido el tiempo. Y aunque algunos de ellos se fueron después de “quemar las naves”, retornaron luego de varios años, como “hijos pródigos”, buscando su lugar inicial.







*Lola "La Inmaculada"  
1925 aprox.*



*"Mano Lucio" en el sendero que daba acceso  
a la Madera (hoy calle 29A)*



*Mano Lucio trabajando las tierras de los Sierra.  
Al fondo el perfil del Cerro El Picacho*



*Joaquín Patiño en el corredor de su casa  
1962 aprox.*



*Choza Paniagua - Rincón hoy*







### III. La Isla

*“Por aquí no nos comunicábamos con nadie,  
para uno ir donde una persona tenía  
que ir a la propia casa porque no había teléfono,  
ni luz ni nada”*

Clementina Baena Patiño, 68 años

Mientras el país se pintaba una vez más de rojo con la sangre de los combatientes de la guerra de los “Mil Días”, librada entre 1899 y 1902, los madreños seguían enamorándose los unos de los otros, como al principio, completamente ajenos a la cruenta reyerta liberal–conservadora.

Para esa época y hasta la segunda mitad del siglo veinte el asentamiento seguía teniendo un entorno campesino, pero los muros de las casas ya se levantaban en tapia pisada, sin ventanas al exterior –como antes– y con teja de barro sobre vigas de madera en sus techos, aunque los pisos continuaban siendo de tierra.

Dominadas por un amplio patio interior y cortos corredores hacia éste, las construcciones privilegiaban, como todo en La Madera, una comunicación introvertida que no alteraba la que practicaron con predominancia sus ancestros, en razón de que los alrededores eran de “los ricos” con los que

mantenían relaciones de servidumbre y que la cabecera territorial no era más que un referente religioso que muy poco tenía que ver con otros aspectos prácticos de la vida cotidiana. Era más importante Medellín, a pesar de su distancia. Como fuera, Bello también quedaba más o menos lejos.

La casa de Joaquín, todavía en pie pero cada vez más atosigada por las construcciones modernas, mantiene vivo el recuerdo de épocas mejores; de esas cuando el mayor heredero de Cristino, al final de cualquier mañana y sin que hubiera más motivo que el deseo de pasarla bien, se ponía cualquiera de los pantalones cachacos, alineaba su mirada hacia los pies, casi sin doblarse, para saber si habían sido planchados por su hija Eugenia, la única capaz de dejarle el quiebre perfecto con la plancha puesta a calentar sobre las brasas; afinaba el tiple, la guitarra y la lira, llamaba a los vecinos que sabían tocar y acompañado por ellos, por sus parientes cercanos y por más vecinos –que también eran parientes–, armaba alegres parrandas en las que se cantaban y bailaban bambucos, pasillos, valeses y música “guasca”, hasta que llegaba la oscuridad.

Sin embargo, los bailes más animados, en los que se incluía licor y se gozaba la noche, se realizaban en las casas de los Galeano y de los Paniagua. Usualmente empezaban en la morada de los primeros y terminaban, ya al amanecer del nuevo día, en la casa Paniagua. Por lo general participaban casi todos los madreños y el suceso podía ser un cumpleaños, la fiesta de la Virgen o las vísperas de un matrimonio, entre muchos otros.

Fue posiblemente durante uno de esos jolgorios, de ello ya no hay quién se acuerde, que Pastora, tal vez estimulada por los buenos tragos en la cabeza, se fijó, como nunca lo había hecho, en el rostro oscuro y anguloso de su primo hermano Saturnino y en su monumental estatura, mientras una extraña ansiedad invadía su cuerpo pequeño y liviano cuando él la sacaba a bailar. Era una grata sensación, muy íntima, que Saturnino adivinó y supo convertir en pasión.

Con disimulo, pero resuelto, la sacó del baile, la tomó de la mano y se la llevó, descalzos como estaban, al sembradío. Era tiempo seco y había luna llena. A pesar de la bulla que emanaba de la casa sin ventanas se alcanzaba a oír el concierto enamorado de los grillos y allí, sobre la hierba, al aliento de azahares y madroños, en medio de cañaduzales y, entre caricias, temblo-

res, besos y temores, desfogaron su ser sin jurarse amor eterno, pues Saturnino estaba para casarse con una extraña y Pastora destinada a una soltería casi santa que la convirtió en La Mama, la sabia consejera de hombres y mujeres de La Madera.

De ese supremo momento de amor juvenil todos los adultos se enteraron luego, pues quedó para siempre el testimonio en un hijo que llevó el apellido de la madre y la atención y el cariño de los dos.

## Todos los segundos

Era la época del segundo Saturnino, del segundo Nepomuceno, de la segunda Pastora, del segundo Manuel a quien le pusieron como nombre adicional Salvador para distinguirlo del primer Manuel, a pesar de lo cual terminó confundiendo con su padre a quien los madreños le agregaron, también, Salvador y como la confusión persistía, entonces resolvieron llamarlo Papo; del segundo Marcos al que le decían Marquitos para poder saber de quién se hablaba cuando se mencionaba el nombre; del segundo Telmo a quien también le pusieron Manuel; de las dos Dolores, distintas a la primera pero ambas Paniagua, de las cuales llamaron Lola a la que hizo votos de eterna soltería y castidad absoluta; de los dos Ramones, Paniagua y Acevedo, este último casado con Dolores la prima de Lola; de Marceliano Baena, arriero que vino a casarse con una Patiño y de Lázaro Arango, el que se casó con una Paniagua y se hizo famoso porque oficiaba como alferez en las fiestas de la Virgen y porque tenía un ganado que echaba a pastar en una manga vecina y ajena, que entre todos bautizaron como “la manga de Lázaro”.

También eran los tiempos de “Villa Castín”, “La Cabaña” y “La Cabañita”, tres hermosas fincas habitadas por sus ricos dueños, los hijos de Lázaro Mejía, muy distinto del Arango mencionado. El mismo que, en su condición de copropietario, echó a andar los motores de los telares de la Fábrica de Textiles El Hato – Fabricato, el día de la inauguración en 1923, evento que contó con la presencia del presidente Pedro Nel Ospina. Lázaro Mejía permitió que otros visitantes ilustres encendieran los interruptores de las diversas secciones de la industria, pero omitió tal honor a las mujeres de tacón

alto presentes en el acto, dentro de las que se encontraba Isabel Restrepo, la hija de Camilo C. Restrepo a quien llamaban “Belica”, quienes se sintieron desairadas. El hecho ameritó algún reclamo de su socio Jorge Echavarría, esposo de “Belica”, según lo narra el cronista E. Livardo Ospina en la página 24 de su texto *Los hilos perfectos*, publicado cuando la industria celebró 70 años de vida.

Se trataba de gentes muy adineradas de Medellín, que invertían en la naciente industria textilera y recibían a sus parientes y amigos en vacaciones de medio año y durante la Navidad, para disfrutar especiales momentos de recreo, y que entregaban las ropas, impregnadas del sudor del día, a los madreños, para que sus mujeres las lavaran cuando terminaran de pulir la madera de los muebles en el interior de las lujosas casas y de brillar los pisos de baldosa hasta dejarlos como un espejo en el que se reflejaran discreta, pero coquetamente, las piernas de Inés, Manuela, Gabriela y las demás mujeres Mejía, en tanto que los hombres Galeano, Patiño, Escobar y Paniagua se ocupaban de las labores de jardinería y buen mantenimiento de los árboles frutales, mangas y animales en esos predios particulares.

Bello, que fue erigido municipio en 1913, se comunicaba fundamentalmente por dos vías: “Calle Arriba” y “Calle Abajo”. La segunda era la que posibilitaba la salida hacia Medellín, cuyo recorrido continuaba hasta el puente llamado “de Acevedo” en donde se desviaba hacia el oriente para seguir por la vía antigua conocida hoy como carretera a Machado.

Más o menos frente al sitio en que varios años más tarde Almacafé construyó los silos, se tomaba en dirección occidente un estrecho sendero, más parecido a camino de bestia. Paralelo a éste, estaba la entrada a “Villa Castán”, que adornaba su trayecto con gigantescos árboles que, al florecer, creaban un solo tapete de colores rosado y amarillo, conocido por los lugareños como “el camino de los guayacanes”, y al que también le decían “el camino de los rieles”.

El sendero, que se estrechaba más en época de invierno cuando no alcanzaba el tiempo para mantenerlo limpio y el monte lo ocupaba, pasaba por las casas de los Escobar y de los Paniagua hasta llegar a la de los Galeano y desviarse hacia el sur para encontrarse con la parte central del territorio, donde se ubicaban los Patiño y, en su prolongación, salvando un vallado,

ofrecía una salida hacia la finca “La Cabañita”, sector hacia el que se encontraban los grandes tanques de agua, cuyo contenido se traía hasta las casas cargado en baldes, tarros, poncheras y cuanto recipiente resultara apropiado. Era la única entrada a La Madera.

El asentamiento crecía en número de habitantes y de viviendas porque los hijos se casaban, y los padres, consecuentes, entregaban un terreno para que construyeran su casa. No había que hacer ningún tipo de vueltas ante las administraciones territoriales simplemente porque eso era de ellos. Entonces el hijo levantaba su edificación ahí, al lado de la de sus padres, y el otro hijo hacía lo mismo, el otro también, y el otro y la otra, así cada uno, de la misma manera, en cada tronco familiar, sin pensar en un orden intencionado y previamente diseñado.

Aparecieron más callejones, tan estrechos o más aún que los iniciales y se desviaron otros. El espacio adquirió forma de laberinto. El espontáneo diseño original se transformó con tanta rapidez que Galeanos, Patiños, Escobares y Paniaguas, tuvieron que sentarse a conversar en serio para trazar una vía central que permitiera la entrada de los carros que, hacia el futuro, con toda seguridad habrían de pasar por ahí. Ya la tapia dejaba de ser, para darle espacio al ladrillo y al cemento.

Inicialmente el tren, luego la Fábrica de Tejidos de Bello, posteriormente Fabricato, más tarde Pantex –que se convirtieron en el objetivo de vida de los mineros del nordeste antioqueño al decaer su labor–, y años después la transformación de la carretera en autopista, así como los nuevos medios de transporte, pusieron a Galeanos, Patiños, Escobares y Paniaguas a relacionarse con otros, a conocer mundos distintos, a enamorarse e, incluso, casarse con gentes que no tenían su arraigo en el terruño y que debían empezar a construirlo ayudados por sus cónyuges, a pesar de que la mirada recelosa de los vecinos –que también eran parientes– los tildaba de invasores. Entonces La Madera perdió, definitivamente, su aislamiento.





*Madereños jugando en el “carretero” hoy Autopista Norte  
año 1912 aprox.*



*Madereños descalzos y con trajes elegantes  
1930 aprox*



*Madereños en la entrada a “Villa  
Castin” hoy Unidad Comercial  
“Guayacanes”*



*Fiesta familiar en casa  
de los Paniagua.  
Principios s. XX*

*Miembros de la familia  
Galeano en la casa  
paterna.  
Mediados del s. XX*



*Madereños en la  
"casa azul" finca  
de "los Mejía".  
1960 aprox.*





## IV. La Diáspora

*“Cuando vine aquí, por amor, en ese tiempo se usaba mucho el cachaco y zapatos “Bota al día” que era la fama de los zapatos; todavía no eran los “Tres Coronas”.  
Yo venía de medias blancas y salía de medias verdes de aquí para la casa... verdes de la boñiga ja, ja, ja.  
Con perdón, de la mierda de vaca”  
Manuel Zapata, 70 años*

**A**ntes de que el tren se convirtiera en realidad para el Valle de Aburrá, los madreños salían con pesados bultos de alimentos a la espalda, los críos al cuello con sus piernitas abiertas y el día apenas despuntando, a cruzar el río Medellín que tenía un vado en el que el agua les llegaba a las rodillas, siempre que no estuviera crecido, para estar a punto en la carretera de Machado y tomar el bus “escalera” que los llevara, en dirección sur, a Guayaquil, corazón comercial de Medellín, donde estaba la plaza de mercado conocida como Plaza de Cisneros, en memoria precisamente del ingeniero cubano que más tuvo que ver con la construcción del sistema férreo en Antioquia.

En la plaza vendían maíz, yuca, plátano, mango, guayaba, naranja, pomos y otros productos cultivados o recolectados por ellos y compraban sal,

arroz y algo más de lo que les faltara. Desde que empezó a pasar el tren que venía de Puerto Berrío, mediando la segunda década del siglo XX, les bastaba con salir a la carrilera y extender el brazo como se ha hecho siempre con los buses, para que la fantástica máquina frenara y ellos pudieran abordar uno de los inmensos vagones de bancas de madera en los que compartían su destino con otros venteros de pollos, pescado, racimos de plátanos y más productos agrícolas, venidos de Bello, Copacabana y otros lugares norteños del Valle de Aburrá.

Cuando el maquinista llevaba su vehículo muy rápido no podía, aunque quisiera, frenar entre las paradas oficiales, y entonces los madereños debían caminar hasta la estación Acevedo y abordar el tren allí. Como fuera, este vehículo se convirtió en la bendición que les permitió llegar hasta el mercado citadino en menos tiempo del acostumbrado y, por supuesto, con mayor comodidad.

El trayecto contrario desde La Madera hacia Bello lo hacían a pie. Tar- daban unos veinte minutos transitando el carretero, por el que rara vez pa- saba algún automotor. Claro que al pasar un carro había que vérselas con la cantidad de polvo que levantaba y se depositaba sobre la humanidad del caminante, si era tiempo de verano. Durante el invierno, a los transeúntes los mortificaba el lodazal que formaba pequeños charcos en distintos puntos deprimidos a lo largo de la vía, causados, más que todo, por el peso de los carros de bestia cargados de gaseosa y otros productos que, desde Medellín, venían a surtir las tiendas del sector y que obligaba a los pocos que usaban zapatos, a llevar un par limpio en la mano, para cambiarse antes de entrar al pueblo, y esconder los sucios entre el rastrojo, listos para el regreso. En los primeros años de la década del veinte fue común encontrarse allí la simpáti- ca figura de Don Jorge Echavarría, uno de los dueños de Fabricato, elegan- temente vestido, con su humanidad algo pasada de kilos, rematada por un sombrero *canotíe* de color claro, encima de un hermoso caballo alazán, comprado a la familia Mejía, en cuyo lomo recorría la distancia de algo así como cuatro kilómetros entre la textilera y la finca “La Cabañita”, lugar de vivienda cuando asumió un cargo de dirección en la industria.

Por ese camino sombreado en líneas paralelas por tulipanes africanos, también iban y venían los niños que asistían a la escuela. Los más avispados

esperaban el carro escalera “cinco bancas” de Alberto Arboleda, bautizado “El Vergel”, cuyo pito bramaba como una vaca, o el de Leopoldo, con quienes hacían tácitos convenios de transporte que, por un lado, aligeraban el recorrido diario a los jóvenes estudiantes y por otro, añadían alegría al trajín de los conductores, aunque a veces, con sus travesuras, los ponían malhumorados. El acuerdo, por múltiples causas, no funcionaba siempre con absoluta regularidad, a pesar de lo cual no había derecho a reclamo por ninguna de las partes.

A los muchachos no les disgustaba del todo hacer el recorrido a pie, pues se ofrecía la más grata oportunidad de dirimir sus diferencias a los puñetazos, en medio de la algarabía de los demás que los instaban a darse duro y ante quienes los contendientes daban muestra de valor y fiereza. Si acaso entre los espectadores había niñas, tanto mejor. Cuando no había pelea, se iban en guerra de agua apretando los capullos de las flores escarlata desgajadas de los tulipanes africanos, a los que en todo el país, como en un gran acuerdo nacional del que nadie da respuesta, llamaron *mionas*. Cansados de mojarse, cambiaban de actividad y se dedicaban a lanzar piedras medianas hacia adelante, como jugando tejo, hasta procurar la mayor distancia, o terminaban por encaramarse a los palos de chumbimbo para bajar sus esféricos frutos lisos y con ellos jugar a las canicas, pagando, aquellos que resultarían perdedores, con las cajetillas vacías de cigarrillos olvidadas en cualquier lugar por los mayores o con quemantes balonazos de caucho en la espalda. Era todo un paseo.

## La tienda de Alberto

De tal grupo de jovencitos hizo parte Alberto, el hijo de María Jesús Paniagua y nieto del primer Marcos, el mismo que, pasando apenas la adolescencia, se encerró en la tienda que le montaron sus padres hasta que sólo el destino se encargara de establecer qué se extinguía primero, la tienda o su vida, como en un reto que sólo él podía sentir y comprender, pero nunca explicar, y que los demás interpretaron como un acto de locura.

Desde su clausura voluntaria supo mejor que nadie lo que acontecía en el asentamiento y conoció hasta en el más mínimo detalle, los hábitos de

consumo de cada uno de los madereños. Mientras despachaba una libra de arroz, un kilo de frijoles, un paquete de cigarrillos “Victoria”, una botella de cerveza o media de aguardiente “para tomar aquí”, los madereños le confiaron sus aspiraciones, su comprensión de la vida, vicisitudes familiares, los amores furtivos, rencillas, amarguras, muertes, nacimientos, matrimonios y demás. Vio morir a los viejos, envejecer a los jóvenes y crecer a los niños, convirtiéndose en el mayor confidente que pudieron tener los habitantes en toda su historia, sin llegar a proponérselo. Es más, sin tomar ni siquiera conciencia de tal condición.

Nadie, nunca, supo tanto de cada uno de los madereños, sin que importara si era hombre o mujer, niño o adulto, blanco o negro, como Alberto. Aún hoy, con muchos años encima, vive encerrado, tirado en una cama, con un aparato de televisión permanentemente encendido, que mira sin prestarle atención, guardando para sí todos los relatos convertidos en secretos, mientras espera, apacible, su final. El de la tienda fue primero.

## Cinco años por un beso

Hacia algo más de cuatro décadas que había pasado el segundo gobierno del poeta bogotano José Manuel Marroquín, durante cuya administración no sólo libró el país la extenuante guerra de los Mil Días, sino que Panamá, departamento de Colombia desde 1821, se separó para convertirse en nación independiente. El Gobierno Nacional recibió entonces una insignificante cantidad de dólares de parte de Estados Unidos, a modo de vergonzosa compensación, por la entrega del brazo centroamericano. Los políticos de la época, representados por Marroquín, quedaron satisfechos.

El caso ya estaba olvidado en la memoria de los colombianos, mientras que en La Madera no era necesario hacerlo puesto que nunca se enteraron. Bello hacía ya muchos años que era municipio y los madereños empezaban a encontrar en las textileras adyacentes una buena fuente de trabajo, que no necesariamente era la mejor, pero ante la creciente edificación de los predios locales con la consecuente disminución de las tierras de cultivo, había que buscar, obligatoriamente, la subsistencia por fuera. Sin embargo,

era todavía un lugar signado por la abundancia de riqueza natural y su esencia era fundamentalmente campesina.

Clementina, segunda nieta de Cristino y Felicidad, era una niña muy pequeña cuando murió su padre Marceliano Baena, circunstancia que obligó a Lucila Patiño, su madre, a irse del lugar para ganarse la vida como doméstica en la casa del Doctor Ferrer, el más prestigioso médico de Bello, así como en otras casas del área urbana de ese municipio. Clementina y su hermana –la segunda Felicidad–, quedaron al cuidado de Mama Pastora y de Chacho, su hijo único, quienes las adoptaron y quisieron con tanto esmero como si fueran hijas de cualquiera de los dos.

Pastora se ocupaba de lavar la ropa de los ricos en los charcos que construyeron en las acequias para el uso común, denominados por ellos mismos como “los lavaderos”. En ese lugar, mientras restregaban las prendas propias y ajenas con otras mujeres, se contaban los chismes del vecindario, hablaban de todos, se quitaban la palabra y la única que mostraba un comportamiento distinto era Pastora. Ella escuchaba con atención y procuraba enseñanzas generales que expresaba luego, en una práctica que le dio su fama como consejera y que sirvió para que hombres y mujeres acudieran en búsqueda de su sabiduría cuando sentían agobiada el alma.

Felicidad y Clementina –a quien ya le decían Tina– ayudaban a Pastora en sus tareas. Extendían al sol, sobre el césped, los manteles, sábanas, prendas exteriores e interiores de los adinerados del entorno y de las hermanas del colegio La Presentación de Bello, a pesar de lo cual no les fue dado conocer otras intimidades de los dueños de Fabricato, ni de las religiosas, pero sí, entre chisme y chisme, las de los mayores madreños, acerca de quienes aprendieron a sostener sus “conversaciones de mujeres”.

Temerosa de la oscuridad de la noche, a Clementina los movimientos de las ramas de los árboles empujadas por el viento, tan normales en el día que ni se fijaba en ellos, se le antojaban ahora desplazamientos fantasmales. Cuando la enviaban a la tienda de Alberto en busca de un paquete de cigarrillos para Chacho, su padre de crianza, en la semipenumbra del atardecer, Tina sentía que se le quería salir el corazón y sudaba más por el terror de una probable aparición, que por la velocidad con que atendía el requerimiento. Ella misma, con su raudo paso, se parecía en cada ocasión a ese fantasma al que tanto miedo le tenía.

Una noche, mientras jugaba con Carlota Galeano en el alambrado del portillo que daba salida hacia los lavaderos, cerquita del guanábano que misteriosamente echaba tierra para espantar a los que pasaban debajo, les pareció ver a su abuelo Cristino en calzoncillos diciendo: “*Como que les salió el bulto en la trocha*”. Corrieron despavoridas y al mirar hacia atrás lo vieron riéndose de ellas. Tina sabía que el papito reposaba en su lecho de enfermo en casa de Joaquín, por lo que avanzó hasta allá para enterarse de que, justo en ese momento, Cristino entraba en agonía para fallecer media hora más tarde. Ésa fue su despedida. Transcurría octubre de 1946, faltaba todavía año y medio para que Colombia se conmocionara con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y en Tina se asomaba ya una inquietante belleza de mujer con tan solo trece años de edad.

Había cursado hasta segundo año de primaria y eso por la generosidad de sus maestros, pues a ella nunca le gustó estudiar, por lo que nunca, tampoco, aprendió a leer. Sin embargo, eso no fue óbice para que la recibieran como obrera en Pantex, pues en las textileras aceptaban el personal con tan solo una entrevista, prefiriendo mujeres jóvenes y solteras, a las que muchas veces dejaban trabajando inmediatamente si al entrevistador le parecía.

Quinceañera había decidido trabajar en la fábrica, pero tuvo que hacer turno durante un año, hasta cumplir los dieciséis, para ser aceptada, pues aunque iba a la fila de aspirantes cada mañana, invariablemente salía un mister de apellido raro, funcionario de la “Burlington Mills Corp” –mayor accionista de Pantex–, quien al ver el expectante rostro con aires de niña, le decía en su media lengua, mientras la señalaba con el índice derecho: “*Usted, vaya a que le den tetero*”.

Tan pronto como fue aceptada la enviaron a trabajar en los telares. Allí se deslumbró con un hombre joven, moreno, delgado y de buena estatura, un tanto parecido a Chacho, su padre de crianza, quien tenía sus novias por allá, en otros sectores del municipio y se mostraba muy serio con ella. Tan serio que a Tina le parecía que su expresión era la de una persona “*comiendo limón a toda hora*” y así se lo comentaba a sus compañeras. Quiso el destino que lo encargaran de capacitarla en el manejo hábil de los telares, situación que ella aprovechó para solicitar su ayuda continuamente. Tanta proximidad ablandó el corazón del instructor, quien terminó rompiendo con sus

novias y, en un persistente galanteo, solicitó formalmente la aceptación de visita.

El instructor vestía muy elegante porque entonces era común que los hombres llevaran chaqueta y corbata, ante lo cual Tina se intimidó un poco, por lo que le advirtió al galán que su casa era muy pobre y que la visita tendría que atenderse de una manera muy sencilla, siempre y cuando Pastora y su hijo accedieran; el enamorado respondió que iba a verla a ella y no lo que tuviera en casa y que tampoco le importaba la media hora de camino a pie desde su residencia en el barrio “La Cumbre” de Bello por el camino de las *mionas*, ni las enormes plastas de estiércol vacuno que no veía con suficiente anticipación cuando, llegada la noche, regresaba a su hogar y convertían de color verde sus calcetines originalmente blancos.

Establecidas las reglas del juego empezó a marchar la relación que rápidamente evolucionó al punto en que Manuel le propuso matrimonio. Tina consideró que aún no era tiempo, pues ella tenía una deuda de gratitud con la madre de crianza, como siempre ha llamado a Pastora, y sus esfuerzos se orientaban, en consecuencia, a aliviar en algo sus estrecheces económicas. El novio se sintió rechazado y en su despecho se regaló al Ejército para prestar el servicio militar. Fueron dos años durante los que el enamoramiento creció a pesar de la distancia, sostenido por una incesante correspondencia en la que intervenían terceros, pues Clementina dictaba con el corazón en la mano, mientras Bertha, la hija de uno de los Ramones, u otro madreño, escribía. Él no cesaba de pensar en Clementina y ella, por su parte, se mantuvo fiel a la promesa de esperarlo, rechazando toda clase de pretendientes e invitaciones, hasta el grado en que a la segunda nieta de Cristino y Felicidad todos, en La Madera, la apodaron “la viuda”, pues actuaba como tal.

El día en que el soldado Zapata abandonó el uniforme y se incorporó de nuevo a la vida civil, Tina se hizo los mejores bucles, ensayó su mirada más coqueta, se vistió con el traje más lindo, al que le ajustó en el cuello un prendedor con apariencia de rosa blanca y le aceptó su propuesta de matrimonio. Seis meses más tarde se casaron y sólo entonces Manuel conoció el sabor de los labios de Clementina, porque así se acostumbraba en esa época. Habían transcurrido cinco inacabables años desde que Tina lo vio por primera vez en los predios de la Compañía de Textiles Panamericanos, Pantex.

## A ver cuál es el más gallo

Cuentan que Gabriel, hermano medio de Joaquín y tío de Clementina, una mañana en que amaneció como inspirado –en tiempos de Crispiniano–, recogió un enorme bulto de cañabrava y se sentó sobre él debajo del mango grande que proporcionaba una generosa sombra fresca, cerca del portillo, a pensar en algo.

Era un hombre más bien callado que tenía sus amores fuera de La Madera, pero que nunca se casó. Su actitud esa mañana siempre causó interés entre quienes lo vieron, pero prefirieron dejarlo solo, como a él le gustaba, conversando con sus pensamientos. De pronto tomó algunas medidas sobre el suelo de tierra, hizo cálculos y con una pica en la mano empezó a sembrar las cañas, una al lado de la otra, hasta formar una empalizada en redondel. Al atardecer ya había construido la arena para la riña de gallos que él mismo criaba, y antes de que llegara noche La Madera asistió a la primera velada en sus predios. Se bebió aguardiente del que ellos mismos producían, también del que vendía Alberto en su tienda, y le apostaron a los gallos contendientes.

Tal vez eran los mismos años en que los ricos de Medellín, liderados por los Mejía del sector, se juntaron entre sí, tomaron whisky, discutieron, planearon, aportaron capitales y construyeron el “Club Gallístico y Social Cantaclaro” –tal fue su nombre–, ahí en predios de La Madera, a la orilla de la vía de los tulipanes africanos que ya se proyectaba como conexión con la Medellín de “Otrabanda”.

Construida con adobe, cemento y material de playa extraído del río, que fue transportado hasta el lugar en las carretas de los madreños, la edificación expresaba la ostentación de sus dueños. La portada, que aún se conserva, anticipaba unos rieles trazados en suave curva que conducían al interior presidido por un quiosco de forma circular, con graderías internas y silletería, enmarcado por grandes y numerosos árboles, un césped bien cuidado y ambiente adornado por pinos a los que las manos prodigiosas de los jardineros daban formas estéticas.

Todos los sábados desde el mediodía, empezaban a llegar los carros provenientes de la capital del departamento con sus dueños dentro guiados por



chóferes debidamente trajeados, en cuyos comportamientos se notaba una afectación mayor que la de sus patrones. Hermosas y muy elegantes damas con sus trajes a media pierna y seductoras medias de seda, con talón remarcado hasta un poco más arriba de la garganta del pie, acompañaban a los hombres que no las deslucían en galanura. Las comitivas se completaban con la presencia de un trabajador de confianza, encargado de la manipulación de los gallos de sus propias cuerdas.

Promediando la tarde se juntaban en el quiosco donde formaban una gran algarabía, donde el acaloramiento producido por los tragos consumidos les permitía olvidarse de cualquier circunspección y expresar su emotividad gritándole al ave de su preferencia, a la que fácilmente le apostaban hasta diez mil pesos, a palabra de gallero. Por lo general competían entre ellos, aunque algunas veces permitían que alguien de abajo se atreviera contra uno de sus animales. Cuando esto ocurría y como los gallos no entienden de élites, los animales peleaban entre iguales y en tales combates de tú a tú, los de abajo resultaron varias veces ganadores.

Las veladas se prolongaban hasta el amanecer del domingo, pues además de gallos y licor, podían bailar en otros espacios del inmenso predio, a los sonos de la música de moda que interpretaban, en vivo, las mejores orquestas de esos años, dentro de las que se recuerda, entre muchas otras, la del Maestro Lucho Bermúdez.

El Cantaclaro de los Mejía y la empalizada de Gabriel se constituyeron, pues, en dos ambientes contrapuestos para un mismo fin: apostar al mejor gallo, a ése que fuera capaz de doblegar al contrincante hasta hacerlo huir o hasta que pagara con su vida la osadía del reto.

## Los hermanos Torres

Pasada una decena de años, ya en la década del cincuenta, mediante aviso en la edición dominical del periódico “El Colombiano” se solicitaron dos trabajadores en el Club, pues los socios prefirieron siempre conseguir la mano de obra con gentes ajenas al lugar, que contar con los madereños, tal vez porque así podían mantener otros aspectos de su intimidad al resguardo. Ya había suficiente con que les lavaran sus ropas, asearan sus casas, orga-

nizaran sus jardines, cuidaran los animales, supieran qué comían, cómo vestían y escucharan algunas conversaciones. La forma como se divertían no tenía por qué ser, también, su asunto.

Al llamado acudieron dos hermanos oriundos de Titiribí, un lejano pueblo situado a doscientos kilómetros de distancia, en las agrestes montañas del suroeste antioqueño. Experimentados campesinos de apellido Torres, que fueron aceptados porque demostraron capacidad para las labores encomendadas y porque tenían en el club a un pariente, buen trabajador, que daba fe de la honradez y buena disposición de los aspirantes.

Instalados allí, en poco tiempo los hermanos Torres establecieron comunicación con los Galeanos, Patiños, Escobares y Paniaguas y, por supuesto, con las muchachas casamenteras, con quienes intercambiaban verbales mensajes de amor, salvando el alambrado de púas, de por lo menos seis líneas, que separaba la gallera de los Mejía del asentamiento La Madera, como en un juego de pelota lanzada cuya única regla era el amor. En días de semana, cuando podían visitarlas, los hermanos se daban su maña para pasar el alambrado y evitarse el trayecto por la vía de los tulipanes, donde estaba la única entrada al Club. De hacerlo, hubieran tenido que caminar hacia el norte, subir luego por el estrecho camino paralelo a “los rieles” de “Villa Castín” y desviarse hacia el sur en busca de los predios de los Patiño donde estaban las hijas de Joaquín, en quienes se hallaban interesados. La vuelta era muy larga.

Así, entre charla y conversa, entre saltos de muro y visitas en semana, Mario se fue enamorando de Eugenia –la hija que mejor planchaba los pantalones de Joaquín–, mientras Jaime, el hermano menor, se dedicaba a conversar con la madreña que lo permitiera, como explorando el terreno, aunque parecía tener su gusto muy definido.

Por cualquier razón Mario empezó a fijarse en Tulia, hermana de su novia, quien lo cautivó, y rápidamente perdió el entusiasmo por Eugenia, dejándole el camino libre al hermano menor quien, en privado, ya le había expresado su admiración por esta mujer. Eugenia, por su parte, recibió con agrado el cambio y aceptó sin mayor dificultad a su nuevo enamorado, quien rompió relaciones con sus otras cinco novias para dedicarse por entero a “Genia”. Ella iba a ayudarle en sus quehaceres los días de mayor congestión

en el Club, lugar en el que era pretendida por “los doctores” quienes, cautivados por su belleza y motivados por el licor, le reclamaban a Jaime la receta para conquistarla, a lo que Jaime, henchido de orgullo, contestaba que se fijaran que “*no todo en la vida es plata*”.

Organizados el menor con la mayor y el mayor con la menor, celebraron los matrimonios a comienzos de la década del sesenta, en la Iglesia del barrio San José Obrero, construido por Fabricato para sus trabajadores al final de los años cuarentas, al frente de sus instalaciones, en uno de los tantos sectores de La Madera que perdieron su nombre, muy cerca del asentamiento. Primero lo hicieron Mario y Tulia y poco tiempo después Jaime “aseguró” a Eugenia, pues era una hembra tan “troza” como perseguida. Entonces los hermanos Torres se volvieron madereros.

Como si se tratara de una epidemia que afectaba por igual a hombres y mujeres, los lugareños se enamoraron de otras gentes. Muchos se casaron y otros guardaron para el resto de su vida la fidelidad a un amor imposible, mientras hubo las que prefirieron parir los hijos de los hombres que quisieron, cuando los quisieron, sin tenerlos que aceptar al lado hasta el final de su existencia. De todos, algunos se quedaron en La Madera y otros, en cambio, se fueron a experimentar espacios distintos. De los que partieron hubo los que regresaron, no fueron todos; tal vez, ni siquiera los muchos.

Tampoco faltaron las que inmunes a las pretensiones ajenas, quisieron repetir la conducta de sus ancestros, ilusionándose con otro maderero sin importar que fuera pariente. Sin embargo, la suerte parecía echada más en favor de los extraños.

Fue en esa época cuando La Madera se surtió de apellidos distintos. Junto con los Torres se conocieron los apellidos Zapata, Garzón, Figueroa, Monsalve, Mendoza, Rincón, Cano, Guerra y otros, que se mezclaron con los tradicionales Galeanos, Patiños, Escobares y Paniaguas, mientras los Acevedo empezaban a tejer su tímida historia en el lugar.

## Un Patiño que era Galeano

Uno de esos intentos de unión entre parientes lo protagonizó Martha Luz Galeano, nieta del primer Saturnino y Segunda, e hija del segundo Sa-

turnino y Lucila. Martha acudía de vez en cuando a la casa de Pastora en busca de los sabios consejos que le ayudaran a sobrellevar las inquietudes de su vida. No es que tuviera mayores angustias, pero la charla pausada e inteligente de Mama la cautivaba.

Martha Luz era una negra de mediana estatura, algo robusta, que no pasaba inadvertida por su mirada extraordinaria en la que destacaba el lunar que adornaba el ojo derecho y por esa delicadeza y queridura que la caracterizaban, en las que radicaba su especial belleza; la verdad es que ante ella no había hombre que posara de indiferente, aunque lo intentara. Se había graduado en bachillerato comercial y trabajaba en Pantex, pues los gringos agradecidos con la dedicación de su madre en el cuidado de las ropas, mientras vivieron de alquiler en “Villa Castín”, luego de que Jorge Mejía, el nieto de Lázaro Mejía, tomó la determinación de ubicar su vivienda en otro vecindario, le ofrecieron su vinculación a la industria de manera inmediata.

Chacho, como le dijeron siempre a Jesús María, el hijo único de Pastora, más alto que Martha Luz, corpulento y casi cuadrado, que vivía descalzo dejando ver unos pies tan grandes como para pisar boñiga en las jornadas de construcción, ya se había echado los pantalones largos y se tornaba incontrolable cuando encontraba a Martha en casa de Pastora, que era la suya, o con sólo verla pasar. Ella, por su parte, empezaba a descubrir que la presencia de él se constituía en poderoso aliciente para sentir el encanto por visitar ese hogar o por transitar, haciéndose la desentendida, camino a los lavaderos, sin perder la oportunidad de cruzar con él una tímida mirada acompañada de una expresiva sonrisa.

La tarde lluviosa de un domingo, cuando la negra caminaba por el sendero de regreso a su casa localizada en el sector paralelo al camino de los guayacanes, luego de pasar un rato muy corto con Mama y de haber tomado algo con ella mientras escampaba, en el mismo instante en que daba pequeños saltos de una piedra a otra para evitar un charco, el único hijo de Pastora, de mayor negrura que Martha, no aguantó más y decidió abordarla. Sin tapujos ni preámbulos y con las palabras un tanto atropelladas, le dijo todo lo que le tenía que decir y le pidió formalmente que lo aceptara como novio con fines completamente serios. Ella, temblando de emoción y muy turba-

da, aunque esperaba con impaciencia este suceso, le pidió que la dejara pensar, al tiempo que le prometía una respuesta para el día siguiente cuando regresara de la fábrica. Chacho, trastornado por la emoción, quedó inamovible, como sembrado en el lugar y permitió que se fuera, sin perderla de vista, hasta que su imagen dejó de serlo más allá de la curva del sendero.

El aire se impregnó de ese aroma inconfundible del campo una vez que pasa la lluvia; los verdes de las plantas se intensificaron y las aves dejaron oír los últimos cantos del día en busca de sus nidos. Martha terminó de llegar; tarareaba sus canciones de siempre pero con más gracia; ayudó a Lucila en los oficios caseros con más ímpetu del que hacía gala cotidianamente; auxilió a sus hermanos menores en las tareas escolares con más dedicación de la acostumbrada y organizó con especial cuidado la ropa que vestiría para acudir al trabajo en la nueva jornada. Como de costumbre, no se fastidió con la luz de la vela que acompañaba las vigilias estudiantiles de sus hermanos más grandecitos y consagrados, y escuchó el sonido de la última rama del limonero empujada por la brisa proveniente del norte, en el patio de su casa, hasta que por fin concilió el sueño.

Despertó con los anuncios del nuevo día en el gonzate de los gallos vecinos, que criaban doña Julia y ese señor de apellido Múnica cuyo nombre de pila se pierde en las tinieblas del tiempo. Al ritmo del lento y pesado trasegar de su madre en la cocina se incorporó de la cama, se asomó al patio sembrado de naranjos, limoneros y mangos desde donde veía las montañas del oriente, sobre cuyas cimas se dibujaban nubes altas de ribetes dorados que se le antojaron buen presagio; fue hasta el cuarto de baño, tomó una ducha fresca y tardó un poco más del tiempo acostumbrado ante el espejo para arreglarse, pues quería sentirse muy bonita.

Salió para el trabajo no sin antes pedir la bendición a Lucila. El día en Pantex le pareció más largo que los habituales, pues lo único que deseaba era estar cerca de la casa de Mama Pastora o sobre las piedras del mismo charquito en el sendero, para decirle a Jesús María que sí, que ella también lo quería, que se imaginaba el futuro junto a él, que estaba dispuesta a darle muchos hijos y que lo que más anhelaba en ese momento de su vida, era tener la oportunidad de abrazarlo y besarlo como una mujer enamorada puede hacerlo con su hombre, siempre que sus padres estuvieran de acuerdo con

su relación, y que si no se lo había dicho ayer, era porque alguna razón, tal vez cultural, que no venía al caso tratar de entender, les impedía a ellas ser tan impulsivas como los hombres y evitarse conflictos cuando había que “aguantarse las ganas”, como se las tuvo que aguantar ayer, pero que se lo hubiera dicho tantas veces como se lo diría hoy en cuanto lo viera.

Los padres de Martha Luz no sospechaban el rumbo de los sentimientos de la mayor de sus vástagos. En repetidas ocasiones y con evasivas, habían recomendado a sus doce hijos prudentes distancias con los miembros contemporáneos de los otros grupos familiares. Pastora, ocupada en terminar de criar a Tina y a la segunda Felicidad y en atender oportunamente las ropas de las monjas de La Presentación, tampoco había tenido tiempo para imaginar, siquiera, lo que le estaba ocurriendo a su hijo único.

Al sol le faltaba poco para ocultarse cuando Martha terminó su trabajo en la fábrica de textiles; llegó a casa con el entusiasmo a flor de piel, buscó una silla, se quitó los zapatos, subió las piernas en otra y le pidió a su madre que la acompañara, pues tenía algo muy importante que decirle.

Lucila Castrillón, luego de escucharle con toda su atención el animado relato, agradeció a la hija por tener la confianza de poner su alma desnuda ante ella, tragó con dificultad, guardó silencio y por unos instantes sus ojos se humedecieron. Entonces le aseguró a Martha Luz que esa misma tarde, cuando su padre llegara, conversarían el asunto y le pidió que, mientras tanto, no se apresurara a decirle nada a Chacho, sino que más bien tratara de evitarlo. Le recomendó, inclusive, permanecer en casa. No se habló más. Con respeto por las palabras de su madre, Martha supo esperar, aunque sabía que en la actitud de Lucila se expresaba una desaprobación que no entendía.

El segundo Saturnino ya era policía y cuando no estaba de turno en la Estación de Bello, se dedicaba al cultivo de fríjol, yuca y maíz en una de las parcelas que Nicolás Sierra les facilitaba a los madereños, en las vegas occidentales del río, a cambio de un tercio de la cosecha.

Ese día Saturnino había pasado la mayor parte del tiempo dedicado a la labranza. Vestía camisa y pantalón de color caqui y bajo el sombrero alón se apreciaba la fatiga. Un poco antes del ocaso volvió a su hogar. Lucila lo atendió con algo de beber, mientras Martha le hacía señas para que se re-

unieran y conversaran con prontitud, de acuerdo con la impaciencia típica de un joven corazón enamorado.

Buscaron el momento y Martha Luz volvió con su relato esta vez a oídos de padre y madre. Saturnino buscó un cigarrillo, lo prendió y miró a Lucila, proyectó luego su mirada al infinito mientras recordaba el canto enamorado de los grillos en una lejana noche de luna llena y el ruido sordo del baile tras los muros de la casa sin ventanas. Abrió entonces sus labios para decirle a su primogénita que esa relación no podía ser posible, pues Chacho, el hijo único de Pastora, era su hermano.

Sólo entonces a los menores, cuando ya estaban mayores, les fue dado conocer del hecho y fue únicamente en ese momento cuando los hijos, sobrinos, nietos y vecinos –que seguían siendo parientes entre sí y que también estaban mayores– pudieron explicarse la evidente especialidad de Saturnino para con Chacho, pues antes, cuando preguntaban, los enviaban a “ocuparse en algo”.

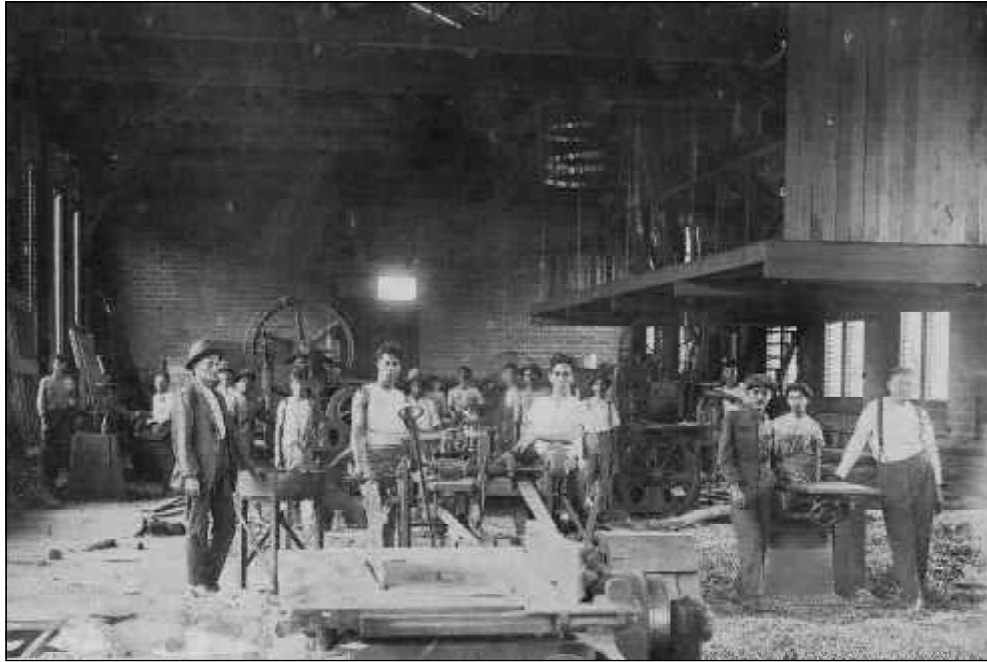
Los otros once hijos de Saturnino y Lucila ganaron un hermano al que, en adelante, quisieron mucho; Martha Luz desconcertada, sintió mucha rabia con su padre y con Pastora: no aceptaba que le quitaran ahora su posesión más preciada, pues pudieron evitarlo diciéndole la verdad cuando era niña. Después aprendió a tener por Jesús María un cariño fraterno, pero jamás pudo volver a sentir por otro hombre lo que, como mujer y sin saber, sintió por su hermano. Terminó sus años consagrada al trabajo hasta morir soltera cuando apenas pasaba de los cuarenta años de edad. Su corazón no resistió por más tiempo tanto amor y tanta decepción.

Chacho tardó un poco pero se repuso y a ello le ayudaron los hermanos medios acabados de reconocer y los consejos de Pastora, su madre, cuya sabiduría nunca jamás volvió a ser sometida a una prueba tan difícil. Terminó casándose con Bertha, la hija de Ramón Acevedo, la misma que escribía las cartas enamoradas de Tina a su Manuel cuando estaba en el ejército.

Eran ya los tiempos de los hijos de los hijos contados desde los patriarcas; tiempos de los descendientes de Nacienceno Galeano, los de su hermano el segundo Saturnino, los de Joaquín Patiño, los de Lucila Patiño, los del hijo único de Pastora, los del segundo Manuel Paniagua, los de Ramón Paniagua hermano de Manuel, los de María Jesús, la otra hermana Paniagua

y los de todos los demás Galeanos, Patiños, Escobares y Paniaguas que mezclados con propios o extraños, se reprodujeron para darle continuidad a las dinastías.





*Talleres de los FFCC. 1918 aprox.*



*Grupo de madereños  
a la entrada  
del Club Cantaclaro.  
1954*

*“Tina” y  
Bertha Acevedo*



*Pastora  
y su único  
hijo “Chacho”*



## V. La Virgen

*“Se empezaba con las cenas de la Virgen,  
aquí o en La Guzmaná y eso era venta de trago,  
bailes en media calle y música de cuerda.  
Eso nos juntábamos todos”  
Luis Galeano, 78 años*

Lázaro Arango llegó a La Madera en los tiempos del segundo Nepomuceno, que eran los mismos del segundo Saturnino y del segundo Manuel, buscando a María Teresa Paniagua, la hija de Mercedes, con quien terminó casándose el 27 de agosto de 1922. Con su estatura mediana y esa altivez que se le salía de la ropa, sorprendía por el caminar lento que contrastaba con su carácter impulsivo. Era de esos que con singular facilidad levantaba la voz para expresar con vehemencia lo que le dictaba su ánimo, aunque tuviera que excusarse después, mientras se nivelaba tranquilo.

Siempre se le veía activo y pasaba la mayor parte del tiempo ocupándose del ganado que echaba a pastar en la manga que, sin ser de su propiedad, recibió su nombre. Sin duda era el más entusiasta cuando de participar en las fiestas de la Virgen se trataba. Por esos días casi se olvidaba del ganado, se ponía impaciente, hablaba más duro que de costumbre, quería que todo estuviera hecho inmediatamente y hasta caminaba más rápido.

En La Madera se afirma todavía que el primer Marcos, delgado como un alambre, hermano del primer Manuel y de Andrea, nieto de Silverio y Lorenza y tío de Marquitos, en uno de sus tantos viajes a Medellín transportando alimentos en su recua de mulas, conoció a un artesano de manos maravillosas. Un hombre de apellido Osorio que tomaba el tosco tronco de un árbol y lo transformaba en la más bella imagen que pudiera concebir la mente humana.

Fervoroso creyente de la Virgen del Rosario a la que encomendaba el buen resultado en sus negocios y, naturalmente, la armonía de su vida familiar, decidió encargarle una talla al artesano prodigioso, recomendándole que su belleza fuera única. Nadie da razón exacta de cuándo ocurrió esto, pero todos coinciden en que pudo haber sido en el transcurso de las dos últimas décadas del siglo XIX.

El artesano se dedicó a la obra con el mayor esmero y le entregó a Marcos, unos meses después, un icono de un metro con cincuenta y cinco centímetros de altura, muy al estilo del Arte Quiteño, de un rostro espectacularmente bello, adornado con cabello crespo y profundamente negro, que le caía hasta más abajo de los hombros.

A Lázaro le fue dado conocer al primer Marcos y no sólo contempló con admiración el fervor del hermano de su suegra que lo condujo a donar la imagen al párroco de Hato Viejo, sino que tomó parte incondicional del culto, convirtiéndose en el Alferez de La Madera para las fiestas de la patrona territorial.

Durante los días previos a los inicios de la festividad, las gentes se disponían anímicamente y hablaban todo el tiempo de ella. Era el tema preferido e infaltable en las conversaciones familiares y en las que se sostenían con los vecinos, que también eran parientes. Por ello, no sólo se sentían más piadosos que de costumbre, sino que escuchaban a algún menor que diera rienda suelta a su curiosidad, para preguntarle a los mayores por qué ellos adoraban a la Virgen del Rosario y no a otra, siendo que los curas hablaban de la existencia de la Virgen del Carmen, de la Virgen de Fátima, de Guadalupe o de tantas otras vírgenes que, según las cuentas, podrían ser once mil, y ellos mismos le rezaban a varias.

El mismo Lázaro o Gabriel o Lucila o quizá Nacienceno, o tal vez los papás de cualquiera de ellos, o alguien en La Madera, o quizá todos juntos, se hubieran sentido alegres de poder contestar a las preguntas, narrándole a los demás la historia –si la hubieran conocido–. De tal modo que entre la armazón de ramos florales, disposición de las guirnaldas en las carretas, elaboración de tamales o gallina sudada y realización de cualquier otra tarea, con toda seguridad que hubieran dicho que todo comenzó cuando los españoles mantenían problemas religiosos con los turcos, muchos siglos atrás, y tuvieron que librar una batalla en una ciudad griega llamada Lepanto, en el año de 1571.

Le hubieran contado a Martha Luz y a Javier, su primo, que la batalla terminó llamándose como la ciudad y que se hizo famosa por tres razones: la primera porque en ella participó el escritor Miguel de Cervantes Saavedra autor de un libro muy famoso llamado “Don Quijote de La Mancha”, acontecimiento en el que le quedó inservible el brazo izquierdo, por lo que más tarde recibió el apodo de “El Manco de Lepanto”; la segunda, porque con la confrontación se consiguió un triunfo más de los españoles sobre algunos musulmanes –a quienes llamaban moriscos y obligaban a renunciar a su religión para practicar la fe católica–, después de una sucesión de batallas ocurridas durante cuatro años; y la tercera, porque el estandarte español llevaba la imagen de la Virgen del Rosario, con lo que el Papa Pío V instituyó la celebración de sus fiestas anuales en el mismo mes de la contienda guerrera, es decir, en el mes de octubre. Ciertamente Joaquín, pleno de admiración y entre risas, hubiera afirmado: *“mire, y quién iba a creer que hasta parientes somos de ese señor Cervantes, mejor dicho, hasta de Don Quijote”*.

Y mientras Pastora armaba las empanadas y entre Bertha, Tina y la segunda Felicidad lavaban el menudo o desgranaban alverjas para preparar morcilla, hubieran seguido diciendo que fueron precisamente los españoles los que por esos años organizaron expediciones a suelo americano, y como encontraron poblaciones indígenas practicando creencias diferentes a las católicas, resolvieron tildar a los aborígenes de infieles, enarbolar de nuevo la imagen de la Virgen para significar el triunfo de la fe y, como dicen los historiadores, entronizar su culto en las colonias hasta convertirlo en tradición.

Terminarían explicando que entre los españoles recién venidos y los descendientes de los que llegaron a predios del Cacique Niquía, consagraron el templo de Hato Viejo a la Virgen del Rosario, sin perjuicio de su nombre, mientras levantaban la monumental iglesia que, consagrada también a ella, habría de llamarse “Nuestra Señora del Rosario”. La misma que según los mandamases de la arquidiócesis, es a la que más plata le han metido en decoración.

Así hubieran entendido la razón por la que desde esas sedes parroquiales y consecutivamente, los curas Salvador Tirado, Matheo Palacio, Joaquín Tobón, Félix Mejía, Rogelio Arango o al que le correspondiera, convocaban a los habitantes y se encargaban de coordinar y realizar las fiestas, llegando el décimo mes del año.

Claro que saber todo eso no hubiera afectado para nada el entusiasmo que le ponían a su participación en el evento más importante del año, porque les asistía además otra buena razón.

Resulta que las fiestas se organizaban de tal manera que en ellas tomara parte toda la población y compitieran unos sectores con otros por lograr el mayor lucimiento. Los maderenos, encargados del cierre de las festividades, trabajaban todo el año para el mes de octubre. Trazaban su ruta y se iban por la vieja carretera a Machado hacia “El Chispero”, hasta una cuadra antes del parque de Bello, pidiendo la colaboración económica de los habitantes. Esta labor incluía sectores como el barrio Suárez y Zamora, muy cercanos a La Madera. También hacían empanadas, chorizos, tortas de chocolate, otros comestibles y hasta almuerzos, cuya venta agregaba recursos a la financiación.

Con el dinero recogido, que era guardado en un banco o en la “Caja Colombiana de Ahorros” por el segundo Telmo y por su hermano el segundo Marcos –a quien le decían Marquitos y trabajó tantos años en Coltejer que recibió la Cruz de Boyacá por esa misma razón–, primos de la mujer de Lázaro, compraban la materia prima para cocinar y vender en las cenas gallina sudada, tamales, mondongo, carne y lengua sudadas, más chorizos, morcilla, más tortas de chocolate y más empanadas.

Mientras las fiestas tuvieron como epicentro el parque Santander de Bello, las cenas con que se abrían se realizaban en La Guzmaná; posterior-

mente, cuando su centro estaba en la Iglesia del barrio San José Obrero, el que construyó Fabricato al frente de sus instalaciones, éstas se llevaban a cabo en el sendero paralelo al camino de los guayacanes, un poco más abajo de la casa de los Paniagua, casi en la esquina con el carretero de las *mionas*, en el sector noreste de La Madera.

Con el producto de estas ventas, más una parte de lo recogido durante el año, compraban más pólvora, aguardiente suficiente y conseguían el dinero para pagar la Banda Musical traída desde Copacabana, que desde las ocho de la mañana y hasta bien entrada la noche, entre aguardientes y desayuno, más aguardientes y almuerzo, más aguardientes y cena, tocaba de casa en casa la víspera misma de la procesión, que era la última jornada de las festividades.

Aunque la diversión se prolongaba hasta altas horas de la madrugada del día de cierre de las fiestas, que invariablemente le correspondía a La Madera, desde las cuatro de la mañana estaban despertando al vecindario mediante voladores, recámaras, figuras y otra clase de bulliciosa pólvora, oficio que desempeñaban los hombres.

Las muchachas alistaban las cachirulas, planchaban sus faldas a media pierna y se calzaban las medias tobilleras más finas de color blanco, aunque muchas las usaban de color azul cielo o rosado. Era una buena oportunidad para lucir hermosas ante las persistentes miradas masculinas. Las mujeres mayores preparaban sus mantillas y velos, vestían el sastre entallado más elegante de tono oscuro, se ponían las medias de seda para ocasiones especiales, tomaban una minúscula cartera de cuero en la mano, cubrían su cabeza con un pequeño sombrero del color del traje y todos, hombres y mujeres, niños y adultos, jóvenes y viejos, entre banderas marianas y gigantescos ramos de flores, salían en procesión, anteceditos por la música alegre de la banda de Copacabana, acompañando a su Virgen del Rosario que organizaban para la ocasión. Era la misma artesanía encargada por el primer Marcos, adornada con crespos, que tomaban prestada de la iglesia de Bello.

En los tiempos en que iban hasta el parque principal del municipio y estaba en construcción la Iglesia de La Virgen del Rosario, transportaban la imagen en una carreta tirada por caballos, debidamente adornada para las fiestas, en tanto que los feligreses iban a pie detrás de ella seguidos por

variopintas carretas engalanadas con guirnaldas de papel globo, cargadas de adobe, piedra, cemento y otro tipo de materiales, que entregaron como contribución a la realización del monumental edificio.

Eran ésas las oportunidades que aprovechaban los muchachos con vocación de truhanes para pinchar con una aguja las nalgas de las jóvenes participantes de la procesión, sólo por el placer de reventarse de la risa ante su exclamación de dolor y ante el consecuente reproche de los mayores que amenazaban con castigarlos. Años más tarde, cuando únicamente llegaban hasta el barrio San José, llevaban la Virgen a hombros de cuatro jóvenes voluntarios que se disputaban con otro grupo ese honor y con el cual hacían relevos en el trayecto.

Cuando llegaban incrementaban su algarabía, terminaban de quemar la pólvora, la Banda tocaba más fuerte, jugaban a la “vaca loca”, quemaban muñecos como los de año nuevo que representaban pecados y pecadores, asistían a la misa de doce del día y escuchaban, con fingido disimulo, las expresiones de admiración de los demás bellanitas.

Al atardecer, físicamente agotados, regresaban a su terruño con el ánimo exaltado, comentando los resultados de ese año, olvidándose del reproche al que trabajó un poco menos a pesar de que había prometido ayudar un poco más, y planeando las fiestas del año entrante que tendrían que ser mejores aún.

## Casi monja

Fueron ésos también los tiempos de Dolores Paniagua, distinta de la otra Dolores Paniagua, quien era además Patiño, nieta de Ascensión, la aventajaba en edad y contrajo matrimonio. A la primera la llamaron Lola para que ninguna de las dos primas, ni nadie en La Madera, tuviera confusión cuando se les mencionara.

Lola tenía un rostro muy hermoso de piel blanca y un abundante cabello crespo de color negro, parecido al de la Virgen del Rosario. Dibujó en su faz, eternamente, una sonrisa que nadie supo nunca interpretar y que delataba a una mujer inteligente y, sobre todo, muy reflexiva. Tanto, que hasta



se puede afirmar que vivía únicamente para sus pensamientos, y aunque fue de buen humor y se daba fácil a la gente, su introversión la hacía aparentar distancia.

A su casa de techo de paja, conservada hoy como patrimonio, llegaban en plan de visita numerosos parientes venidos de Bello, cercanos al sector donde está la choza en que nació Marco Fidel Suárez, presidente de la República entre 1918 y 1921.

Lola sabía que estaba unida por lazos de sangre, que suponía lejanos, a ese grupo numeroso de hombres y mujeres con quienes pasaba toda una tarde de domingo en su casa o en las vegas del río. Por eso, se permitió el amor por uno de ellos, antecediendo, de otra manera, la historia que los menores conocieron de Martha Luz Galeano cuando ya estaban mayores. Sin saberlo, Dolores Paniagua, a la que le decían Lola, se enamoró de un hermano que vivía en el casco urbano de Bello. Su historia fue casi ignorada en La Madera.

Fue tanto el desengaño de la hija de Andrea que se encerró en sí misma, se tornó más silenciosa y, en el fondo, más enigmática, sin perder nunca su particular sonrisa. Sólo a una vecina –que también era su prima– con la que tuvo siempre mucha confianza, a pesar de que Lola era mucho mayor, le comentaba la pena que esto causaba en su alma; le hablaba de inquietantes sueños en sus noches largas y le confesó su juramento de no volverse a enamorar y la decisión de hacerse monja. Aunque procuró su ingreso al noviciado de una orden que ya nadie recuerda, no fue admitida porque entonces las monjas mantenían su inmaculada moral rechazando a las mujeres cuyo padre se desconociera.

No incumplió su promesa de mantener la soltería para siempre, y como no pudo irse a vestir santos al convento, aprendió el oficio de modistería para confeccionarse ella misma pudibundos trajes y, de paso, ayudar a vestir a otros seres humanos, aunque fuera por encargo. Auxilió a los curas de turno en algunas diligencias parroquiales y tomó parte activa en las fiestas de la Virgen, que asumía como propias, mientras guardó el recuerdo de su amor imposible y se hizo más patética la extraña sonrisa que no perdió ni siquiera, cuando ya bastante vieja, abandonaba momentáneamente sus costuras para ayudar a lidiar los terneros de Alberto. Conservó indemne esa

línea en sus labios hasta el último minuto de su existencia, a pesar de los agobiantes dolores físicos que soportó en sus días finales.

## Los más recientes

Después de Lázaro, Marquitos y Telmo, quedaron los hijos de los hijos a cargo de las celebraciones. Ellos, motivados por Chacho Patiño y Daniel Paniagua que acompañaron a sus mayores desde que tenían doce años de edad y aprendieron todos los vericuetos de la celebración, se constituyeron en los más dignos sucesores para la organización de las fiestas, hasta el día en que llegaron a La Madera los discursos evangélicos de distintas sectas e iglesias y convencieron a maridos, esposas, hijos y vecinos, de la inexistencia de la Virgen y de que su culto estaba vedado y sería castigado, según las Escrituras. Los nuevos pastores coincidieron con la actitud displicente de muchos curas católicos quienes, con su secular arrogancia, lo único que obtuvieron fue el alejamiento de los feligreses. Entonces empezaron a decaer las fiestas.

Fueron auténticas celebraciones comunitarias en las que regresaban los ausentes, se compartía el mismo sentimiento religioso, se gozaba el placer pagano del licor, la buena mesa y el baile y superaban en lucimiento a sus rivales más duros, los de la “Calle Arriba”, que iniciaban las fiestas. Éstos, aunque hicieron toda clase de esfuerzos, nunca pudieron ganarle a los inspirados madreños, quienes actuando conjuntamente lograban ser, después de todo, más madreños.

Hoy, el septuagenario Daniel Paniagua acopia entusiasmo e intenta revivir el culto, mientras los curas vecinos hacen grandes esfuerzos porque éste derive hacia un santo completamente extraño, de apellido Mandic. Pero el grupo social parece estar para otros pensamientos.



*“Tina” para la época en que empezó a trabajar en “Pantex”*



*Tina y Manuel en las fiestas de la Virgen*



*“Tina” hoy*



*Virgen del Rosario  
Imagen tallada en madera y donada  
por Marcos Paniagua a la Parroquia de Hatoviejo*



*Dolores Paniagua prima de Lola*



## VI. EL RÍO

*“Sólo en el puente de Hato Viejo frente a “La Manuelita”,  
hoy “La Mariela”, había un trayecto del río con buenos charcos,  
pero sólo se bañaban en ellos los vecinos muy conocedores  
de los peligros de este sitio”*

Lisandro Ochoa. *Cosas viejas de la Villa de La Candelaria*, 1947

**L**uis Eduardo Galeano, hijo mayor de Nacianceno y Mercedes, nieto de Segunda y del primer Saturnino, sobrino segundo de Cristino y también de Ascensión, biznieto de Florentina y tataranieta de Micaela, siempre ha sido flaco, alto, negro, y siempre se ha gozado la vida a costillas propias y ajenas.

Cuando niño era de los que se pegaban al carro escalera de Alberto Arboleda para ir a la escuela y, terminada la jornada escolar, lo que más le gustaba era meterse en líos, para lo cual siempre contó con una privilegiada imaginación.

Ponía bronca, hasta llegar a los puños, a sus condiscípulos de la “Calle Arriba” porque se ufanaba de pertenecer a la comunidad más lucida en las fiestas patronales, pero se cuidaba de no contarles que, junto con otros muchachitos, era de los que se armaba de una aguja para pinchar el trasero a las jovencitas durante las procesiones. Lo hubieran destrozado.

Se encaramaba a los mangos ajenos, se saltaba las tapias privadas, se iba en compañía de sus amigos para el internado de niñas indomables, manejado por las monjas misioneras de La Madre Laura cuando quedaba en la finca “La Mariela”, ahí donde ahora queda “Solla”, para alborotarlas y ayudarlas a escapar. Se agarraba a un poste blandengue de la casa de bahareque amenazando con tumbarla, ante la alarma de Segunda, su abuela, quien soltaba el remiendo que la ocupaba para perseguirlo. En fin, que se lo buscaba y cuando no lo encontraba, entonces se lo inventaba, pero que se armaba su lío, se lo armaba. Sólo cuando su madre preparaba el rejo se aquietaba un poco, pues Mercedes, una negra redonda de labios gruesos y rostro hermoso, lo descargaba sin compasión sobre su piel.

Hoy le resulta bastante difícil precisar la travesura que, en cierta ocasión, le costó una “pela” del segundo Saturnino cuando ya era capitán de la policía, pero lo que no olvida es el castigo. Le dolió como ninguno, pues con los días uno olvida los azotes de padres y maestros, pero jamás los que le propina un tío.

Una manera de tenerlo concentrado en alguna actividad, era invitándolo a ir de pesca con su padre el domingo. En tales oportunidades Luis Eduardo y Octavio, los dos mayores, se hacían cargo de que todo funcionara a satisfacción del hijo del primer Saturnino y Segunda Patiño, para lo cual en muchas ocasiones realizaron labores que, en justicia, han debido efectuar cualquiera de los hermanos menores; sin embargo, el programa ameritaba todo esfuerzo.

Para entonces ya nadie recordaba que el río alguna vez se llamó Aburrá y todo el mundo lo conocía como Medellín; sus aguas todavía significaban vida. Bastaba con tirar la atarraya, o un costal cuya boca se mantenía abierta mediante un suncho que se le ponía alrededor amarrado con cabuya, para recoger corronchos y sabaletas de muy buen tamaño y en muy buena cantidad. Tanta que, cuando no había manera de comprar carne de res o de cerdo porque el dinero no alcanzaba, los adultos hacían un alto en otras labores y del río obtenían el pescado necesario, que bien fuera al desayuno, almuerzo o comida, acompañaba el patacón, el arroz, la yuca y la rodaja de tomate, que se pasaban con una buena taza de aguadepanela o de mazamorra de maíz, pilado en los enormes pilones que por la calidad de la madera

utilizada, hicieron famoso el asentamiento durante mucho tiempo en otros lugares del Valle de Aburrá.

Aunque el río estaba ahí mismo y sus aguas en tiempo de verano eran cristalinas, a los jóvenes madreños se les impedía ir solos, pues en el mismo lugar en el que ahora está la estación Madera del Metro, el río tenía una curva donde se formaba un remolino. El sitio era conocido como “El Chupadero” y se tragó a más de un imprudente bañista que se aventuró en sus aguas. Claro que, con el tiempo, los osados jóvenes madreños le cogieron confianza y aprendieron a disfrutarlo. Desde la orilla izquierda se tiraban al charco y se dejaban arrastrar por el torbellino hasta el fondo, mientras aguantaban la respiración, luego salían por debajo para alcanzar, nadando, la superficie y repetir la acción hasta el mismo agotamiento; así pasaban muchas horas de cualquier tarde, sobre todo en época de vacaciones. Sus padres quedaban satisfechos, pues *“Esa noche dormían como angelitos”*.

Para que la jornada de pesca dominical tuviera sabor a paseo no bastaba con ir al río frente a la casa, sino que había que desplazarse por lo menos hasta El Hatillo, aunque preferían pescar en Ancón Norte, pues se encontraban charcos de mayor abundancia. La víspera, los muchachos se encargaban de ir a la quebrada La Madera o a uno de los zanjones mediante los que traían el agua hasta los tanques y allí, utilizando el sistema de costal con suncho en la boca, uno de ellos se quedaba en el sitio elegido, mientras el otro o los otros subían unos metros y pisaban fuerte el suelo terroso y resbaladizo para espantar a los pequeños peces del tamaño de un dedo índice, a los que llamaban anguilas, que eran recogidos por el encargado del costal. Éstos serían el delicioso engaño que permitiría la captura de las apetecidas sabaletas, tilapias y corronchos.

Cargados de anguilas, largas varas de bambú, grillos, gusanos mojoyoy, fiambre envuelto en hojas de plátano, un ajo macho y un limón para cada uno, salían desde muy temprano, en la mañana, a caminar por el carretero de las *mionas* hasta la estación del tren en Bello y abordar el que los habría de transportar, a eso de las seis y media o siete, a las vecindades de Girardota por cinco centavos el pasaje. Claro que por el muchachito que viajaba en las piernas de un adulto no cobraban. También acomodaban dos chiquillos en un solo puesto y así pagaban únicamente un pasaje por ambos.

Nacianceno, con paciencia de padre, le explicaba a cada uno de los párvulos la manera de ensartar la anguila en el anzuelo y les indicaba la forma de anudarlas de la cola, con una pitica, con el fin de que un solo ejemplar del pescadito sirviera para obtener por lo menos cinco o seis de las ansiadas presas. Les enseñaba que no debían sacar el anzuelo cuando sintieran la emoción del primer jalón, pues la presa todavía no se había agarrado bien, por lo que era mejor aguardar en silencio y concentrados, hasta que lo hiciera por lo menos tres veces. En ese momento ya estaba asegurada.

También les regalaba la última cusquita de su tabaco para que aprendieran a chupar el humo sin aspirarlo y lo soltaran despacio, como envolviéndose en él, para protegerse, con ello, de los insoportables mosquitos.

Resultaban tan abundantes y fructíferas las jornadas, que fueron muchos los domingos en los que mediando el día estaban de regreso al hogar con sus jíqueras repletas. Una vez en casa descamaban el pescado, lo abrían, le sacaban las vísceras y se lo entregaban a su madre o a su abuela, para que lo preparara según lo convenido. Si en la pesca obtenían hembras llenas de huevos –ocurría con frecuencia–, los sacaban aparte, los envolvían en una hoja de plátano y los ponían al rescoldo del fogón de leña para consumirlos asados sobre una arepa de maíz plana y gruesa hecha por cualquiera de las mujeres. Era una de las delicias culinarias más apreciadas.

Ya crecidos, eran ellos los que invitaban a su padre a disfrutar la pesca. Fueron muchas las ocasiones en que realizaron esas jornadas en compañía de su tío Saturnino, también de “Salaíto”, un amigo pescador al que llamaban así porque con ese pregón ofrecía el pescado para la venta por las calles de la cabecera municipal, y de otros acompañantes adicionales, entre quienes se contaba, eventualmente, la negra más espectacular que ha tenido La Madera.

## Sedución

Hija del segundo Saturnino y prima de Luis Eduardo, Lya fue enviada a cursar estudios, por decisión de sus padres, a casa de unos tíos en Pereira donde, pasados algunos meses, se enamoró de un hombre algo mayor que ella, dedicado a la sastrería. Como los gringos de Pantex le expresaron a



Lucila, a través de su hija mayor, la disposición de emplear también a Lya en la fábrica, regresó entonces a La Madera. Estaba muy joven y empezó a trabajar como auxiliar de oficina. Más tarde reemplazó como secretaria de gerencia a su hermana Martha Luz cuando murió de amor. Desde esa posición trajo a esta ciudad y ayudó a vincular en Pantex, como operario, a su pereirano del alma para tenerlo cerca. Con él tejió sueños de pasión e ilusiones de matrimonio que, finalmente, se frustraron cuando el hombre tuvo alguna acción inescrupulosa en su trabajo que le significó el despido inmediato, y aunque Lya sintió que se le arrugaba el alma y su mundo de ilusión se desvanecía, se desenamoró fácil, pues sus padres le *“enseñaron a ser ante todo una persona íntegra”* y a exigir esa misma condición en quienes más cerca estaban de ella.

Libres sus sentimientos, en esa empresa, en ese cargo y por espacio de treinta y cinco años, escuchó todas las propuestas de matrimonio habidas y por haber que rechazó, una por una, con el cuidado de no ofender el amor propio del pretendiente de turno. Ya había decidido acompañar el ocaso de Saturnino, cada vez más celoso con ella, y el de Lucila, envolviéndolos con su alegría hasta el final de sus vidas.

De uno de tantos momentos gratos en su vida familiar, Lya conserva eternamente el recuerdo de los equipos de fútbol que se enfrentaban en el estadio Atanasio Girardot, esa lejana tarde de domingo cuando invitó a algunos miembros de su familia y a varios amigos, para sentarse en las gradas de cemento a ver jugar a su hermano.

La verdad es que a ella poco le importó el fútbol, pero sí le importaba mucho su familia y Delam Galeano –su hermano– jugaba como profesional con el Independiente Santa Fe de la ciudad de Bogotá, club con el que logró cierta fama nacional. Hacía ya varios meses que estaba radicado en la capital y desde entonces era la primera vez que venía. Sabía de él porque se comunicaba por carta, ocasionalmente por telegrama y de vez en cuando la llamaba por teléfono a la fábrica. Ésta era una magnífica oportunidad para reunirse de nuevo con su hermano. El segundo Saturnino y Lucila no fueron con ellos hasta el estadio, sino que prefirieron quedarse en casa, como acostumbraron siempre, pegados del radio y de la velita prendida ante los

Santos a los que elevaban su ruego por el triunfo del equipo en que jugaba su hijo.

Lya no veía, en el campo de juego, más que a Delam y forzaba a sus acompañantes, entre quienes se encontraban varias admiradoras del futbolista, a que hicieran lo mismo. Por eso vieron con detalle cuando las piernas magistrales del hijo de Saturnino y Lucila transportaron el espigado cuerpo de Galeano sobre la verde grama de la cancha, para engañar a dos o tres contrarios sin perder el balón, llegar hasta la portería enemiga y vencer al arquero con un golazo espectacular. Todo el estadio quedó en silencio, menos la barra que Lya llevó, cuyos integrantes, alzando los brazos y cerrando los puños, celebraron como lo hicieron los madreños y el país entero, muchos años más tarde, el gol que otro negro, de apellido Rincón, le hizo a los Alemanes en el mundial de fútbol jugado en la ciudad de Milán, en Italia. Esa tarde de Galeano, los santos, alumbrados por las velas maternas, estuvieron de parte de los bogotanos y a Lya le pareció que todos los asistentes al Atanasio Girardot vibraban con su misma alegría.

Dueña de un encanto singular, de una irresistible sonrisa que alegraba todo ámbito; de unos ojos maravillosos que miraban únicamente para cautivar; de un cabello largo que lucía coquetamente dispuesto hacia un lado de su cara; de una exquisita delicadeza con la que supo ganarse a las que alguna vez sintieron envidia y de un cuerpo que se convirtió en el tormento de quienes la admiraban, se adornaba para motivar la expresión de toda suerte de piropos que escuchó siempre con sumo placer y supo recibir con su elegancia innata.

Cuando vestía toda de blanco y llevaba zapatos de tacón alto que acentuaban el lucimiento de sus largas piernas de color oscuro, cubiertas por delicadas medias transparentes, y caminaba con ese ritmo propio que le salía de las caderas, muchos lamentaron haber sido testigos de su presencia, pues esa imagen se fijaba con tanta persistencia que alteraba por completo la serenidad de cuerpo y alma por más tiempo del que pudieran controlar. Si hubiera que elegir a la Reina de la Sensualidad de todo tiempo y lugar, tal vez habría que hacerlo en la figura de esta negra cuya seducción no tiene espacio en el que quepa, inclusive hoy en su madurez tranquila.

## Un ajo macho y una res

Luis Eduardo también trabajó un tiempo en Pantex y se retiró luego para dedicarse a lo que más le gustaba: “echar boñiga” amasada con la tierra gredosa de las orillas del río, en el barrio que construía Fabricato, labor en la que se convirtió en auténtico Maestro. Luego se casó con Zoila Rosa, hermana de Bertha, la escritora de cartas de amor, con quien tuvo dos hijos. Entre tanto Octavio huía con una Patiño –la segunda Felicidad– para hacerla su mujer hasta siempre, con lo que José Adán, uno de los hermanos menores, salió en su búsqueda para encontrarlo en una ciudad del suroccidente colombiano y quedarse allí, haciendo su vida, por casi veinte años, mientras Octavio y la segunda Felicidad retornaban a Bello.

Javier, el hijo menor de Nacienceno y Mercedes, aprendió al lado de sus hermanos mayores las enseñanzas de su padre y adquirió el placer de la pesca que convirtió en oficio. Pasados los años organizaba inolvidables expediciones pesqueras que duraban hasta tres días, en las que viajaban hasta Porce y La Malena –justo por donde murieron tantos antioqueños cuando tendían las líneas del primer ferrocarril a finales del siglo XIX comandados por el ingeniero Cisneros– a desafiar plagas de insectos, enormes pantanos y peligrosas serpientes como la mapaná y el verrugoso, sólo por el gusto de capturar una buena presa, para lo cual permanecía pendiente de la vara tanto en el día como en la noche.

A los insectos los contrarrestaban con los tabacos que Nacienceno les enseñó a fumar; sorteaban los pantanos con la habilidad que proporciona recorrer topografías similares desde la niñez, y contra los ofidios lo mejor era sacar el machete y ponerse a limpiar el área donde iban a estar, sin olvidarse por nada del mundo de poner en un bolsillo del pantalón el ajo macho y en el otro el limón, las mejores contras, conforme a las instrucciones de su padre.

Cuando la lluvia los obligaba a buscar refugio a la intemperie durante la noche, lo mejor era hacerlo al lado de las vacas y las bestias, para evitar desagradables sorpresas y hasta para salvar la vida. Saberlo fue muy útil cierta noche en que Javier pescaba solo –pues también acostumbraba a hacerlo– en las orillas del río Nare a unas tres horas de viaje en tren.

Había llegado ese mismo día con las primeras horas de la tarde a un charco de su preferencia por la abundancia y calidad de la pesca. Encontró a dos pescadores más con quienes apenas si cruzó saludo, pues una de las características de esta actividad es el silencio. Buscó su lugar, preparó anzuelos para sus dos varas de bambú y empezó su labor. Como a eso de las seis de la tarde, a punto ya de oscurecer, observó que sus colegas recogían aperos y productos luego de una buena jornada, para perderse entre el bosque después de hacerle una señal de despedida. Siguió pescando solo durante muchas horas más y su idea era la de amanecer allí. Javier cree que serían las dos o tres de la madrugada –no hay precisión en ello– cuando sintió, mientras acomodaba la carnada en el anzuelo de una de las varas, una incontenible corriente helada que estremeció todo su cuerpo desde los pies hasta la cabeza. Lo invadió el terror, pero como ya conocía esa señal se dijo: *“espere y verá que ésta no es conmigo”*. Como pudo recogió pescados, carnadas y cañas. No sabe cómo cruzó un alambrado apenas perceptible en la oscuridad de la noche y avanzó, apresurado, casi en silencio, hasta el saladero del potrero de cualquier hacienda para tirarse sobre la grama, con toda su estatura, en medio de dos reses a persignarse y esperar. Ya casi no escuchaba el sonido ensordecedor del río porque los latidos de su corazón no dejaban. Apretó tanto los puños, sin darse cuenta, que se laceró las palmas de las manos con sus propias uñas. Lentamente y en medio de oraciones, sintió que se calmaba, sus músculos se aflojaron y poco a poco lo fue venciendo el sueño. Al despertar con el alba, supo que había burlado la aparición. Los espantos avisan cuando van a aparecer, estremeciendo de frío a su víctima, pero no salen donde hay ganado.

Todo lo aprendió de Nacienceno, ahí en el río, frente al asentamiento. Con él reconoció los mejores charcos; supo de carnadas; escogió la posición menos cansona y más segura que le permitiera soportar tres o cuatro horas casi sin moverse y pescó de noche usando vara de bambú o tirando la atarraya o el costal con boca de suncho, conforme lo hicieron las otras familias vecinas que también eran sus parientes. Mientras ayudaba a su padre en la labranza de los predios de Sierra, aprendió a dejar tres o cuatro varas amarradas a cualquier árbol durante la noche, para encontrar al siguiente amane-

cer ese mismo número de sabaletas pegadas de los anzuelos, que sin conocer lo estéril de su lucha, todavía intentaban liberarse.

También conoció los secretos para evitar las culebras y la manera de protegerse de los espantos. Todo ahí cerquita de “El Chupadero”. Unas veces un poco más abajo, otras un poco más arriba, pero siempre ahí, hasta que un alucinante día cuando Javier tenía unos once años de edad, empezaron a aparecer incalculables cantidades de sabaletas, corronchos y otros peces, flotando muertos sobre la superficie del río. Nadie los quiso recoger.

Fue tal la cantidad que jamás intentaron contarlos. Unos eran arrastrados por la corriente hasta lugares desconocidos y otros se enredaban en cualquiera de las orillas donde finalizaban su viaje. Los demás quedaban exánimes en las playas. El macabro espectáculo duró muchos días, tantos como para acabar con la importante población de peces que habitó el lecho del río.

Desde el mismo día en que la superficie inanimada de color plateado y visos irisados cubría las aguas a la manera de una gigantesca nata, una nube oscura de gallinazos ocultó el sol. Para ellos empezaba su festín. Nunca, ni antes ni después, los madreños han visto tantos peces muertos, ni tantos gallinazos juntos. Se dijo que una fábrica de fósforos y otras nuevas industrias, recientemente instaladas en el Valle de Aburrá, arrojaron las sustancias del progreso que acabaron con la vida.

Desde entonces queda tan solo el recuerdo, en los mayores, de las épocas en que Galeanos, Patiños, Escobares y Paniaguas, generación tras generación, se servían del río como nutritiva despensa para todos, pues el producto de la pesca se compartía con los otros troncos familiares, sin que importara quién o quiénes realizaban la tarea. Tampoco olvidan los momentos, porque ahí está el testimonio gráfico perenne, cuando se juntaban las familias para disfrutar las tardes soleadas, departir alegremente y tomarse fotografías en sus fértiles vegas.

Tiempo después enderezaron el río y lo metieron entre grandes placas de cemento para que no inundara, durante el invierno, esas vegas. Entonces el cauce servía únicamente para extraer material de construcción y por eso a los madreños no les causó mayor impacto. Después de muerto podían hacer lo que quisieran con el río los mismos que lo mataron. ¡Qué más daba! El río contaba cuando era vida. ¿Ya para qué?





*Paseo en la vegas del río.  
1918 aprox.*



*Paseo dominical de los madreños.  
1935 aprox.*



*Lya Galeano y sus hermanos  
en la entrada a "La Madera"  
hoy calle 292*



*Familia Galeano en la entrada  
a La Madera hoy calle 294*



*Lya Galeano con su padre  
el segundo Saturnino.  
1950 aprox.*



*Lya Galeano la negra más hermosa  
que ha tenido La Madera*



*Lya Galeano*





## VII. La Urbe

*“A mí no se me olvida la mañana en que vinieron esos ingenieros  
y con una máquina grande arrancaron por lo menos  
veinte palos de mango que habían estado ahí toda la vida”*

Josefa Patiño, 66 años

**M**aría del Carmen es hija de José Luis al que llamaron Cheche, nieta de Joaquín, biznieta de Cristino y tataranieta del primer Nepomuceno y de la primera Pastora; sobrina segunda de Segunda y Ascensión y prima, por algún lado, de Nacianceno y el segundo Saturnino, del segundo Manuel, es decir, de Papo, el que nunca se puso zapatos y cuya bondad y sapiencia lo convirtieron en el consejero de los hombres en La Madera, de Antonio María y de Dolores, la que se casó con Ramón Acevedo y engendró a Bertha, su suegra.

Sobrina segunda de la segunda Pastora y del segundo Nepomuceno y sobrina media de Tina y de la segunda Felicidad –esta última mujer de Octavio– también es prima, por lo menos en segundo grado, de Luis Eduardo, de Octavio, José Adán y de “Pimbi” como le decían a Javier; de Lya, la negra más bella de La Madera y de Delam, el futbolista que hizo historia cuando jugó con los clubes profesionales Santa Fe y Medellín; de Martha

Luz, la que murió de amor, y de Daniel y Martha, los hijos de Salvador, el consejero.

Prima hermana de los hijos de Tulia y Eugenia, las que se casaron con los hermanos Torres, de los hijos de Susa, Bernardo, Manuel y de los hijos de los demás hijos de Joaquín; pariente en algún grado de los padres de los mencionados, de los hijos de los mencionados y de los hermanos de los mencionados. También es prima segunda de Chacho, el hijo único de Pastora que se casó con Bertha Acevedo y engendró a Jesús Antonio, su esposo, que debiendo ser Galeano, figura como Patiño, con lo que su matrimonio en lugar de ser Galeano – Patiño, es Patiño – Patiño.

Cuando Carmen –como la llaman todos en La Madera– era una niña, el viejo carretero de las mionas ya había dejado de serlo, pues se había convertido en la autopista que conecta a Bello con Medellín por la margen izquierda del río y ya estaba debidamente pavimentada con unos bloques de cemento que luego de algunos años se levantaron y convirtieron el trayecto, desde la Glorieta de Carabineros hacia el norte, en la vía urbana más tortuosa de Colombia. Cualquiera diría que se transitaba por un sendero de escalas.

Los barrios ya estaban muy cerca y La Madera estaba muy poblada, pero conservaba espacios sin construir que se aprovechaban para el cultivo de huertas caseras y como hábitat para las bestias que halaban las carretas. Hacía varios años que se contaba con el servicio de energía eléctrica, pero seguía siendo tan mala que apenas si podía con algunos bombillos de poca intensidad.

Se habían hecho más tanques para la recolección del agua que ya empezaba a llegar sucia, pues más arriba construyeron los barrios París, La Maruchenga y otros, cuyos habitantes contaminaban, con sus desechos, las quebradas que los surtían.

Los alrededores más próximos todavía eran praderas sembradas de pomos, algarrobos, mangos y otras especies que servían como despensa frutícola para los madereros y, sobre las enormes piedras que hicieron parte del paisaje, sembradas en tiempos sin memoria, se sentaban a conversar y a tomarse fotografías. Los muchachos aprendieron a realizar un viaje más o menos largo sin tocar el suelo –tal como lo hiciera al final del siglo XVIII Cósimo

Piovasco de Rondó, *“El Barón Rampante”*, en la imaginación del escritor Italo Calvino, obra que nunca leyeron los madreños– utilizando únicamente las ramas de los pomos que alguna vez sembró Nacienceno en predios de “Villa Castín”.

Al llegar a la casa de la finca debían permanecer en las ramas de los árboles, pues los perros bravos que mantenía el viejo Pacho no les permitían bajarse. Algunos jóvenes madreños llegaron a pensar que Pacho fue alguna vez socio de la propiedad de los Mejía porque se portaba dejando la impresión de ser su dueño, aunque no pasó de mayordomo. Llegaba a distintas horas del día o de la noche con un lote de ganado que días más tarde sacaba a la feria para venderlo, mientras evitaba, hasta donde fuera posible, entablar conversación con los vecinos. De igual manera se comportaba su mujer, una vieja de risa desdentada, que sorprendía por su intuición extraordinaria para conocer las andanzas del marido, hasta el punto en que sabía cuándo, exactamente, arribaría a la casa, aunque lo hiciera a las horas más inusuales del día o de la noche.

Del viejo Pacho se asegura, aún, que mediando los años setentas del siglo XX, encontró un entierro, consistente en barras y morrocotas de oro, incrustado en los muros del sótano ubicado bajo los corredores del ala oriental de la enorme casa. Desde entonces no se supo más de él ni de su mujer. Se fueron del lugar dejando como único rastro la desmedida tronera por la que dicen que extrajeron el ambicionado tesoro. Como suele ocurrir en estos casos, nadie vio nada, pero todos dan fe de su certeza y cada uno agrega a la historia un fragmento de su propia cosecha. Otros creen, en cambio, que el viejo Pacho nunca dejó rastro de su destino porque el ganado vacuno que llevaba a cualquier hora le permitió hacerse rico, a pesar de que nunca fue suyo.

La casa de “Villa Castín” quedó al cuidado de Toño, el hijo de Chacho –apenas dos años mayor que Carmen–, y de otro madreño, quienes vigilaban, sin saber exactamente para quién, una construcción que ya empezaba su ruina definitiva. Hasta hace pocos años era posible aún apreciar los restos de algunos muros de tapia pisada y suelos de baldosa. Ya la edificación desapareció del todo y en sus predios queda solamente una espectacular arboleda de ceibas, mangos, guayacanes y otras especies, como testimonio vivo de La Madera de otros tiempos.

## Esta noche que llega

Carmen, la hija de Cheche, era una niña melindrosa que se ponía histérica con la oscuridad y con las tormentas. Tal era su angustia ante la certeza de la inevitable sombra nocturna, que le quedó para siempre la impresión de que la noche llegaba desde las tres de la tarde en tiempos de invierno, hasta el punto en que hoy lo sigue considerando un hecho. Entonces prendía los bombillos de la casa según iba entrando a cada espacio y luego los apagaba en el orden en que iba saliendo hasta alcanzar la vía principal, que permanecía sin pavimentar, sobre cuya superficie seguían haciéndose los mismos charcos que tuvo que evitar, andando de piedra en piedra, Martha Galeano muchos años antes.

Si la tormenta la sorprendía en predio ajeno, salía buscando su casa sin importarle la furia de la lluvia, ni la distancia a que se hallara. Sus padres jamás dejaron de sorprenderse a pesar de las muchas veces en que regresó de la escuela –situada en el barrio Gran Avenida, de calles pavimentadas, a unas ocho cuadras de su casa– en medio de la más fuerte tempestad, sin que pudieran controlarla. En otras ocasiones reventaba la paciencia de todos con angustiantes y estridentes gritos.

Alguna de esas tardes de invierno Carmen jugaba con otras niñas de su edad en la casa del frente, cuando, sin mucho aviso, se desgajó una violenta borrasca. Con el primer trueno Carmen se estremeció, soltó el juguete que tenía en la mano y con toda la fuerza de su garganta se dedicó a gritar como poseída. El hijo de Joaquín, con expresión transformada, salió de la casa, cruzó la vía, atravesó la entrada de los vecinos, con desespero la tomó de un brazo y la llevó, casi a rastras, hasta su casa. Puso un lazo alrededor de la cintura de la niña, la otra punta la tiró por sobre una viga del techo y la colgó. Una vez allí, entre bamboleos, la golpeó con rabia utilizando el rejo tieso y duro del zurriago, esperando con ello modificar el comportamiento de su hija.

Carmen gimió con tanta pena esa noche mientras dormía, que Cheche se pasó el tiempo sentado en una silla al borde de la cama haciéndose toda clase de reproches, agobiado por el temor de que su hija muriera. Al día siguiente, en medio del júbilo de ver a su hija ilesa, de suspiros de arrepen-

timiento y de promesas de paciencia jobiana, la niña entendió que su padre nunca más actuaría violentamente contra ella, como en efecto ocurrió, circunstancia que Carmen supo aprovechar hasta convertirlo en un cómplice, casi alcahueta, de sus caprichos. De todos modos tuvieron que pasar muchos años más para que la biznieta de Cristino superara sus terrores y, con ellos, sus episodios de histeria.

Por esos tiempos Cheche sintió más que nunca el repudio de Joaquín, sólo porque su piel era de un tono más oscuro que la de su padre. Debió ser la época en que más se le parecía físicamente. Motivado por esa discriminación decidió ir en busca de sus orígenes creyendo hallar algunas pistas entre los negros de Copacabana, que resultaron suficientes para demostrarle al progenitor tales componentes en su estirpe. Cheche descubrió en esas pesquisas que los Galeanos, Patiños, Escobares y Paniaguas de La Madera, están de alguna manera emparentados con los Galeanos, Patiños, Escobares y Paniaguas, negros y blancos, que pueblan todo el norte del Valle de Aburrá, quienes también se han mezclado tradicionalmente unos con otros tal como lo han hecho los madereños desde los primeros tiempos. Joaquín aprobó a regañadientes los argumentos y logró aceptar un poco más a Cheche, pero sin llegar nunca a quererlo.

Ya adolescente, Carmen se enamoró de un muchacho vecino, hijo de gentes que llegaron en tiempos de la multiplicación de los apellidos en La Madera y con él conversaba largos ratos, por las tardes, a su regreso del colegio, justo en la puerta de entrada de su propia casa que era la casa de Cheche. Allí la veía siempre su primo Jesús Antonio, el hijo de Chacho y Bertha, cuando pasaba una y varias veces por el frente, ya fuera proveniente o camino de su hogar que quedaba únicamente a tres casas, hacia el sur, de la de Carmen.

Como en casa de Jesús Antonio, a quien le dicen “Toño”, organizaban bailes semanales a los que asistía Carmen con infaltable regularidad, los primos se acercaron tanto que resultaron mutuamente enamorados. Ella lo veía como un hombre muy serio y dedicado a su trabajo, a quien podía perfectamente hacer suyo, y a él le pareció que ella podía ser su mujer, ya que ni siquiera se dejaba coger la mano, pues *“la que se deja coger la mano no es pa´ uno”*.

Convencidos de su amor, la hija de Cheche dio por terminada su relación con el vecino y el hijo de Chacho se preparó para pedir formalmente la entrada a la casa de Carmen, asunto para el que se tomó previamente dos aguardientes dobles.

Con la resolución que dan los tragos, habló con María Eufrosia y con el hijo de Joaquín para recibir de ellos su aceptación, previa advertencia de su cercano parentesco. Duraron más de diez años de novios, al cabo de los cuales ya todos en La Madera los instaban a que se casaran, aunque los novios quisieron convivir en unión libre. Pudo más la decisión de sus padres y el consejo de los vecinos, muchos de los cuales seguían siendo parientes.

El 21 de junio de 1986, en la Iglesia de San Leopoldo Mandic, que también los madreños ayudaron a construir en la esquina sur occidental de La Madera, Carmen y Toño se casaron ante la presencia de José Luis Patiño –Cheche– y de Bertha Acevedo –la que escribió las cartas enamoradas de Tina–, quienes oficiaron como testigos, para continuar la historia de sus antepasados, que se casaban unos con otros y otros con unos, desde los principios mismos del tiempo.

## Urbanismo desaforado

Carmen, Jesús Antonio y todos los madreños empezaban a ser testigos de las aceleradas transformaciones en el asentamiento y en el entorno, que los afectarían directamente y los conducirían a vivir situaciones insospechadas. Las fincas “Villa Castín”, “La Cabaña” y “La Cabañita” fueron vendidas por los Mejía a una urbanizadora, para edificar vivienda de estrato cuatro.

Josefa “Pepa” Patiño, sobrina de la negra bizca, última esposa de Cristino o mejor de Crispiniano, recuerda con dolor la presencia de enormes retroexcavadoras y buldózers que arrancaban, sin compasión, pomos, mangos, guayacanes y todas las especies vegetales que configuraron el paisaje. No se olvida del aciago día en que durante la sola mañana acabaron con veinte frondosos palos de mango compañeros de niñez, juventud, madurez y vejez. Con cada árbol arrancado se iba una parte importante de su propia vida y de la vida de todos los madreños contemporáneos y predecesores.

Ni a ella, ni a sus hijas, ni a ningún madreño les será fácil borrar de la memoria el ruido de cada explosión cuando reventaban, con dinamita, las enormes piedras que hicieron parte del paisaje inmediato. Gigantes monolitos sobre los que se recostaron innumerables veces a conversar de alegrías y pesares o a compartir las más íntimas confidencias con la amiga o el amigo más próximo a su alma. Detrás de esas rocas se escondieron incontables veces durante las picarescas noches en que, siendo niños, jugaron “cuclí” con el permiso de sus padres, luego de que las niñas escucharan atentas la recomendación materna que les indicaba qué era lo que no podían dejarse hacer de los varoncitos mientras estaban a solas tras las piedras y, éstos, a su vez, la amenaza de un fuerte castigo si llegaban a intentarlo, a pesar de lo cual lo hicieron y lo repitieron. Esos ámbitos eran suyos.

Fueron suyos hasta que grandes ejércitos de obreros, operarios de esas enormes máquinas pertenecientes a sociedades constructoras, dirigidos por ingenieros y capataces que más parecían generales de casco amarillo y pantalones de dril o de bluyín, arrasaron con todo y, en cambio, abrieron zanjas parecidas a las que hicieron los primeros madreños para traer el agua, pero ya no con esos mismos fines, sino para llenarlas de hierro, piedra y cemento y pegar de ellas los interminables muros de adobe rojo, que luego dividieron en pequeños espacios útiles para acomodar familias de clase media, llegadas de diversos lugares del Valle de Aburrá y de más allá, inclusive. Tales empresas urbanizadoras hicieron construcciones de calidad aceptable y de bonito terminado que vendieron muy rápido, al precio que les asignaron.

## El muro del oprobio

No está suficientemente claro aún si la intención fue de los urbanizadores, o de los primeros habitantes de esas casas nuevas –todas iguales–, o tuvo un origen distinto, pero lo cierto es que las manzanas a las que se redujo La Madera estuvieron a punto de desaparecer. La reacción firme y oportuna de sus habitantes lo impidió.

Hacia muchos años ya que los madreños, en una acción futurista, se habían sentado a conversar en serio para ponerse de acuerdo y trazar una

vía ancha, en dirección sur - norte, que atravesara el asentamiento y permitiera el tránsito vehicular. La vía se convirtió, entonces, en la principal de La Madera y en la única por la que circulan, hoy, automotores. Es decir, la única que transitan los taxis con sus pasajeros cargados con el mercado para la semana; la única por la que llegan los carros surtidores de leche, de gaseosas, de cerveza y de otros productos para proveer las tiendas. También por la que circulan los camiones distribuidores de gas con sus pipetas de varios tamaños, para que en las casas madreñas puedan cocer los alimentos a costos más bajos que los de la energía eléctrica, y por la que avanzan pesadamente los gigantescos carros recogedores de basuras que garantizan la higiene y el buen estado de salud de los madreños, tal como lo hacen en todos los rincones del Valle de Aburrá.

Transcurría la segunda mitad de la década del setenta del siglo veinte, cuando se inició el frenesí urbanizador del entorno: la Administración Municipal trazó y construyó, en el límite sur de La Madera, una vía ancha de dos carriles subiendo y dos bajando, con separador central, que comunica a la Autopista con las partes altas del sector. Los madreños quedaron conectados a esta obra mediante su vía principal, circunstancia que desató la furia incontenible de quienes preferían ver el asentamiento ocupado por más viviendas de estrato cuatro.

En el punto en el que alguna vez hubo un gran palo de mango, bajo cuya sombra se sentó en cierta ocasión Gabriel a “echarle cabeza” al diseño de la primera arena para riñas de gallos, y por donde las mujeres salían hacia los lavaderos en los que se hizo famosa la sabiduría de la segunda Pastora, la Mama, a la que también le decían “Tolita”, los advenedizos levantaron un muro de adobe y cemento que no sólo encerraba físicamente a los madreños, sino que impedía el contacto visual de los nuevos pobladores con el único vestigio histórico del lugar.

El muro, en cuya construcción se ocupaban tres obreros, fue empezado a media mañana y antes de que se ocultara el sol ya estaba terminado. Era un muro, por sus fines, muy parecido al que dividió en dos a la ciudad alemana de Berlín en 1962, del que tampoco se enteraron nunca los madreños, por lo que nunca pudieron compararlo. El propósito era el mismo: desarraigar, con odio, a los habitantes de sus territorios. De los lugares en los que aprendieron a ser y a pertenecer, cuya transformación aceptaron un poco a



regañadientes, otro poco con dolor, y a veces, cuando apreciaban la estética de lo nuevo, hasta con simpatía.

Pero, una cosa es asistir a los cambios y asimilar, o tratar de hacerlo, su vertiginoso ritmo, y otra, muy distinta, es soportar un encerramiento absurdo, más aún cuando ese encerramiento es producto de intereses y circunstancias ajenas, es decir, no provocadas nunca por ellos. Los madreños, guiados por ese principio de libertad que no era necesario racionalizar, sino sentir, como lo hicieron siempre, esperaron pacientemente hasta la madrugada y con rabia, pero con la fuerza y el empuje de todos los hombres y el ánimo de sus mujeres, igual que en *Fuenteovejuna* de Lope de Vega, “*Todos a una*”, tumbaron la ignominiosa barrera. Luego, cada hombre y cada mujer, en parejas, caminaron despacio hasta el silencio de sus casas y desde las puertas de entrada se hicieron, con los vecinos, señas de aprobación, satisfacción y despedida. Fue una noche larga. Ya en la intimidad de las habitaciones conyugales, las mujeres, sin previo acuerdo, como si fueran una sola, absolutamente orgullosas de sus hombres, los abrazaron y los amaron con pasión sin precedentes. Claro que esto último no se lo cuentan a nadie.

Los madreños suponen todavía cómo debió ser la reunión de los ingenieros de cascos amarillos unos, rojos otros y verdes los demás, en la caseta sede. Su semejanza con las películas en las que muestran al Estado Mayor General de los ejércitos en guerra, de pie y en mangas de camisa, en torno a una mesa en la que extienden los enormes planos sobre los que ubican los sitios de ataque y trazan las estrategias para acabar de una vez y para siempre con el odiado enemigo, con seguridad que fue muy cercana. Los moradores, sin embargo, evitaron cualquier enfrentamiento directo y esperaron.

Pasaron pocos días al cabo de los cuales una nueva tropa de obreros levantaba una vez más el muro. Como en la primera ocasión, a la madrugada, los madreños ejercieron su acción tumbándolo y acudieron a las oficinas de la Administración Municipal para formalizar sus quejas. Aunque el episodio tuvo varias repeticiones, la dignidad de los Galeanos, Patiños, Escobares y Paniaguas no cejó, con lo que sus acciones simultáneas de hecho y de derecho fueron compensadas por el respaldo de las autoridades, que ordenaron la libertad del paso, consiguiendo, de ese modo, que las cuatro manzanas que hoy conforman La Madera se salvaran de desaparecer.

## Los gitanos

Curiosamente fueron esos los años en que llegaron los gitanos a La Madera llevando sus camionadas de caballos para venderlos en “La Feria”, situada a muy pocas cuadras del asentamiento.

Quienes hoy cuentan la historia le atribuyen al segundo Carlos Patiño, hijo del primer Carlos y nieto de Joaquín –a quien siempre le han dicho “Percha”, aunque nadie sabe por qué–, su arribo, pues Carlos negociaba con bestias y con ganado vacuno. Llegaba siempre la misma familia compuesta por cinco personas –tres hombres y dos mujeres– que poco hablaban con los hospitalarios madreños. Se limitaban a tomar la sala de la casa de Rogelio Galeano –hijo de Octavio y la segunda Felicidad– por dormitorio y durante el día extendían la manguera que Nubia, la esposa de Rogelio, les facilitaba para que lavaran los caballos en la misma manga en la que hoy está situada la cancha de fútbol.

Con esta familia de cinco miembros llegaban también muchos otros gitanos que se situaban en predios de la manga, no sólo para organizar la aparencia de los animales, sino también para montar aquellos que todavía tenían alientos y mostrarlos a los potenciales clientes que, llevados por los gitanos, se interesaban en comprar barato. Se tomaban muchas cervezas y conversaban con los lugareños, sin dar pistas de sus orígenes, ni de sus destinos.

Por esa época seguían sin pavimentar las vías internas de La Madera, y los charcos malolientes, en los que se mezclaban aguas lluvias con aguas de desecho, basuras, además de orines y estiércol de caballo y vacas, formaban parte del paisaje cotidiano. La Madera olía a la confusión de todos esos ingredientes en épocas de invierno, pero quien deseaba aislarse de las fetideces, lo conseguía con sólo cerrar las puertas y ventanas de su casa de habitación. Con los calores del verano, en cambio, los componentes del caldo de bazofia se cocinaban lentamente, hasta que el hedor se hacía tan fuerte que atravesaba muros, puertas, ventanas y techos, para invadir los ámbitos privados de sus habitantes y confundirse con los aromas de los alimentos en el fogón y con las emanaciones de los cuerpos en actividad. Sin embargo, la mejor seña para saber de la presencia de los gitanos en el lugar,

la constituía el insoportable miasma de los veinte o treinta animales recién bajados de los camiones que, vivos aún, pero enfermos y en inevitable proceso de descomposición, expelían vapores más asquerosos que los producidos por la secular amalgama.

Uno por uno bajaban a cada animal. Algunos iban con fracturas en sus patas; otros arrojaban babaza por boca y nariz; otros estaban tuertos, mientras a otros les salía una sustancia viscosa por los conductos lacrimales y otros supuraban pus por las heridas de su piel. Todas esas porquerías las lavaban con esmerada atención los gitanos, hasta que los animales aparentaban buen estado de salud. Entonces salían con ellos para “La Feria”, donde los vendían a buen precio para ser sacrificados y convertidos en salchichón, según lo contaban ellos mismos en sus mínimas conversaciones con los madreños. Los menos enfermos eran vendidos como bestias de trabajo y de montar, sin salir de la manga madreña, que se convertía por esos días en la sede de una especie de carnaval.

Aunque visitaron La Madera durante algo así como diez años, con frecuencia quincenal, llevando su repugnante carga para el comercio, nunca dijeron de dónde venían ni para dónde iban. La característica fue una suficiente distancia con sus anfitriones, que les garantizó el anonimato del destino y procedencia. No pagaron un peso por su estancia en La Madera, pues Rogelio y Nubia nunca les cobraron y cuando alguna vez dieron las gracias, fue mediante el regalo de una potranca que murió dos meses después, a pesar de los buenos cuidados prodigados por los dueños de casa –con la asesoría de “Percha”–, que incluían miel, *grano de ese que llaman “cuido”* y pasto de corte.

Tampoco se vistieron a la usanza conocida de los gitanos, sino que llevaron apariencia vaquera. Un día cualquiera, a comienzos de los años ochentas y sin que mediara explicación o comentario alguno, dejaron de ir. Se fueron para no volver más.

Ya lo demás, en ese proceso urbanizador del entorno, consistió en tumbar árboles; levantar el suelo cubierto de pasto; eliminar los caños de aguas perdidas, pues se convirtieron en auténticas alcantarillas que se desbordaban con las lluvias, vertiendo en las orillas el testimonio de su caudal de

inmundicias de los residentes en los barrios altos y edificar casas y casas inmersas en el diseño de angostas manzanas, separadas por calles pavimentadas por las que no cabe más que un vehículo automotor, de tal modo que cuando se encuentran dos que transitan en sentidos opuestos, uno debe reversar hasta la esquina más próxima para permitir el paso del que llegó primero. Aún así, por sus antejardines y zonas verdes, son los barrios de mejor aspecto estético en todo Bello, y recibieron por nombre los de las antiguas fincas de los Mejía: “La Cabaña” y “La Cabañita”.

Junto con el cambio brusco del paisaje, a La Madera llegaron también sistemas de alcantarillado higiénicos; se mejoró la calidad de la energía eléctrica; el teléfono empezó a formar parte de su cotidianidad; el agua llegó abundante y con buena calidad justo hasta el lugar de las casas elegido por sus moradores, con lo que los recipientes para cargarla se fueron convirtiendo en estorbo de recuerdo, y las vías internas fueron pavimentadas para que cualquiera de los habitantes, sin que importara si fuera nacido y criado en La Madera o hecho madereno a fuerza de vivir allí, invitara a los vecinos –de los cuales muchos son parientes– a sacar sillas de sus casas los viernes por la noche para sentarse, ya no a la sombra de un gigantesco mango, sino sobre el asfalto, bañados por la luz del alumbrado público, para tertuliar al gusto de unos buenos aguardientes acompañados por la música de cualquier grabadora estéreo, sacada con un cable de extensión por uno de los contertulios.

De esta manera y contrario a lo que ocurre con el más alto porcentaje de habitantes de las ciudades, no fueron los maderenos quienes llegaron a habitar la urbe, sino que fue ésta la que llegó para quedarse en predios de los maderenos, e incorporarlos del todo a su complejidad. Y se les metió tanto la ciudad entre las venas y les invadió tanto el espíritu urbano, que ellos mismos rogaban por la construcción de los últimos espacios vacíos de ese entorno inmediato. Eso, siempre y cuando lo que construyeran fuera tan agradable como lo hecho hasta el momento. Pues nunca negaron el valor estético de los nuevos barrios, ni el beneficio de las vías y los servicios públicos. El asentamiento ganó, según sus habitantes, en muchos aspectos, con el advenimiento de la ciudad.



*Casa de Joaquín Patiño.  
Su hija “Genia” con su esposo; uno de los hermanos Torres. 1998  
Foto tomada por Ángela Castro A.*



*Josefa “Pepa” Patiño hoy*





## VIII. Hoy

*“Yo creo que éste es el mejor barrio que tiene Bello.  
Aquí uno le puede llevar la mala a otro, pero si le ocurre algo,  
ahí estamos todos.  
La solidaridad es lo más bonito del barrio”  
Alejandro Vasco, 23 años*

José Sahyath, nieto chozno de Micaela, nació en Cali hace 19 años, pero es madreño. Aunque no hace todavía una década que habita en el asentamiento, conoce mucho de su pasado porque su padre le cuenta cómo era La Madera; porque desde niño pasaba las vacaciones escolares de mitad y de fin de año en casa de cualquiera de sus tíos, cuando aún quedaban algunos espacios sin construir; y porque en el barrio viven todavía muchos parientes que le cuentan más historias.

Mira florecer los guayacanes que en otro tiempo sirvieron de bello marco a la entrada de “Villa Castín”, y que ahora adornan las áreas comunes de una unidad cerrada de bodegas comerciales y otra de viviendas unifamiliares, y le cuenta con orgullo a sus amigos de otros barrios que esos árboles fueron sembrados por Nacienceno, su abuelo, cuando trabajó en esa finca en épocas de ritmos y paisajes tan distintos, salvados ahora del olvido.

Les cuenta, emocionado, la historia de alguna noche en que José Adán, su padre, estando joven y soltero, regresaba de Bello con más de un aguardiente en la cabeza, luego de haber compartido unas horas la compañía de cierta dama que le exigía permanecer junto a ella. Eran los tiempos en que hacían el recorrido a pie, por el carretero de las mionas, sin más riesgos que el de las apariciones, pues por lo demás, no había quien atentara contra los bienes ni la integridad física de los transeúntes.

Próximo a llegar a La Madera, antes de una suave curva, José Adán le contó a su hijo que vio a dos mujeres cuyas identidades no alcanzó a distinguir, en actitud de espera absolutamente normal para él, a pesar de que ya era más de la media noche. Tal vez lo avanzado de la hora fue lo único que le llamó de manera especial la atención. Al llegar al lugar en que debía encontrarlas ya no estaban. Se habían esfumado sin dejar rastro alguno y sin que por lo menos se les oyera conversar. Aún así no le prestó mayor atención al incidente y continuó su camino. Un poco más adelante, ya casi en la entrada a La Madera por la única vía posible, es decir por el sendero paralelo al camino de los rieles, tropezó con algunos patos y cuando quiso agarrar uno, se percató de que no eran más que una ilusión, pues únicamente aire fue lo que encontró cuando hizo el ademán de asirlo con la mano. Ahí sí le entraron unos nervios casi incontrolables a pesar del efecto de los tragos consumidos. Aceleró el paso para llegar a la casa Galeano que era la suya, pero antes de lograrlo vio a una mujer sentada “leyendo *El Colombiano*” a la que reconoció por la ropa que llevaba puesta. Era la misma que le pedía compartir toda esa noche y que había dejado, por lo menos media hora antes, en una cantina de Bello. No fue capaz de más. Cayó privado ante la puerta de su casa, de donde fue recogido por su familia y llevado hasta el interior. Al día siguiente comprendió que ella, por medio de artificios, lo interceptó en su camino tres veces. Nunca más quiso volver a verla.

Y mientras los mayores aseguran que, bien avanzadas las noches, en los estrechos callejones se aparecen todavía los espantos en forma de una monja o un caballo enorme o un negro muy alto de sombrero y otras figuras siniestras, que creen reconocer e identificar como muertos de otras épocas, los jóvenes piensan que son asuntos de la imaginación y por eso transitan sin preocupación por esas vías, sin importarles la hora.



Pero, claro, éstas son las historias de su padre, el mismo que salió un día en la búsqueda de su hermano Octavio cuando se fugó con una prima, la segunda Felicidad, para hacerla su mujer y se quedó en la ciudad en que lo halló, por casi dos décadas, mientras hermano y prima regresaban. En ella nació y creció hasta los diez años José Sahyath. Ahora él vive sus propias historias, ya no en un ambiente bucólico como el de sus antepasados, sino eminentemente urbano como corresponde a su época, y lo hace en el marco de un barrio al que considera tan normal como cualquier otro, a pesar de que algunos de sus amigos sienten aprensión cuando les invita a su casa y rechazan la gentileza explicándole sin reservas sus razones: “*No hermano, eso por allá es muy caliente*”.

Y es que el estigma de zona peligrosa quedó en la impresión de los habitantes del norte del Valle de Aburrá porque en los días aciagos de las bombas en Medellín, algún periodista de algún radionoticiero, de cuyos detalles nadie se quiere acordar, informó de acciones policivas en La Madera vinculadas a los sucesos, pero se olvidó de aclarar a sus oyentes la circunstancialidad del hecho. Al estigma contribuyeron, también, los bandidos que hacían daños en el sector aledaño, cuando entraban a La Madera y aprovechaban el trazado espontáneo y laberíntico de sus callejones para esconderse momentáneamente y después llegar hasta la Autopista y evadir de esa forma a sus perseguidores. Quedó entonces la ingrata fama, alimentada en buena medida, además, por algunos personajes de malas costumbres en el barrio. Sin embargo, los jóvenes madreños están convencidos de que eso forma parte ya del pasado. Un pasado no tan lejano como el de sus padres y abuelos, pero pasado que, entre otras cosas, prefieren dejar en el olvido.

Gustan más de recordar, muy animados, los domingos consecutivos durante casi tres meses, de hace más de diez años, casi al final de los ochentas, cuando ellos, siendo niños, trabajaron con los adultos en la pavimentación de la vía principal. Cada domingo un tramo en dirección norte - sur. Las casas del tramo correspondiente se encargaban de la alimentación, que regularmente consistía en abundante sancocho y alguna ensalada. Entre todos velaban porque a los mayores no les faltara “*la cervecita*” comprada en cualquiera de las varias tiendas del asentamiento, y con los materiales que aportó la Administración Municipal, más el entusiasmo, la alegría y deci-

sión de los maderños de todas las edades, cubrieron con una capa gruesa de pavimento, como para que nunca se destruya, la vía que oportunamente diseñaron los antepasados en otros tiempos. La misma en la que alguna vez “*los finados*” Chacho y Martha Luz, una lluviosa tarde de domingo, hablaron de amor. En la acción tomaron parte Galeanos, Patiños, Escobares y Paniaguas al lado de los Acevedo, los Baena y de los nuevos habitantes que se hicieron maderños, como los Vasco, por ejemplo.

Son hechos que los vincula tan profundamente a su territorio, que muchos jóvenes afirman que “*por nada del mundo se irían de La Madera*” y que llegados a escoger entre irse o morir, prefieren la segunda opción. Al menos así dicen que sienten su arraigo por ese espacio hoy limitado, pues contrario a lo ocurrido con sus ascendientes, el entorno inmediato no les pertenece. Está poblado por gentes que los miran con desconfianza y hasta con temor, porque no hace mucho tiempo que llegaron al sector. Algunos coincidieron, inclusive, con los días de ingrata recordación. Y por eso los desconocen y por eso, también, alguna vez creyeron que La Madera era un barrio pirata. No obstante, ellos construyen su vida de trabajo, de estudio, de aspiraciones, de goces, de frustraciones, de amores y desamores y sueñan, como cualquier otro joven, con un mañana que sea suyo, en unos tiempos que desde ahora son suyos.

## El Metro

Cuando Sahyath o Johnny –su primo– o cualquiera de los jóvenes, o los maderños de cualquier edad, van hoy al centro de Medellín, suelen usar el tren metropolitano. Salen por el lindero sur de La Madera, toman la vía ancha de dos carriles subiendo y dos bajando o una estrecha y corta calle paralela; llegan hasta la autopista y unas veces por el puente peatonal o desafiando, en otras, el intenso flujo vehicular de la zona, la cruzan por debajo para llegar a las modernas y muy bonitas instalaciones de la “Estación Madera” del Metro, construida en la orilla izquierda del río, exactamente donde antes estuvo el charco que los antiguos llamaron “El Chupadero” y que fue inaugurada la festiva tarde del 15 de noviembre de

1995, en un programa en el que, muy seguramente, habló el gerente del Metro e incluyó la actuación de grupos culturales y deportivos en sus instalaciones. Es un espacio rodeado de escenarios deportivos al que acceden los madereños y los habitantes de los barrios aledaños, que, posteriormente, fue entregado de manera simbólica a los moradores primeros, es decir, a los habitantes de siempre.

Fue un acto público que los enorgulleció, pues sienten que legitimó, ahora sí para siempre, la existencia del barrio más antiguo de Bello, aunque no dejan de preguntarse por las razones que tuvieron los administradores del Metro para haberle quitado el artículo al nombre de la estación, pues el asentamiento se llama La Madera –como la quebrada– y no simplemente Madera.

Sea como sea, el Metro no sólo les posibilita un desplazamiento en mejores condiciones que todos los sistemas de transporte anteriores, sino que les recuerda su eterna pertenencia al río, pues si en una época fue su despensa y siempre le han sacado materiales para construcción, a su vera transitaban en los trenes arrastrados por locomotoras de vapor, primero, y luego por locomotoras movidas por diesel, ahora viajan por la misma ribera en trenes eléctricos, de máximo seis espaciosos vagones, de una sola clase y muy cómodos, mientras aprecian el paisaje actual que ofrecen las aguas en proceso de recuperación por la planta de tratamiento que empezó a funcionar varios kilómetros arriba del asentamiento.





*Choza Paniagua - Rincón. 1930 aprox.  
Rosario, Mano Lucio, Lola, Belisario*



*Choza Paniagua - Rincón. 1956  
Hoy Calle 29B*



*Doña Estela Rincón en el interior de la Choza Paniagua - Rincón*



## IX. Final

Los madreños de hoy –incluidos el tercer Saturnino a quien le dicen “Saturno” para distinguirlo del padre y del abuelo; el segundo Salvador, hijo de Chacho, con algo así como treinta y cinco años de edad; y la tercera Pastora, hermana del nuevo Salvador, quien al igual que su abuela permanece soltera y trabaja como obrera en una fábrica de confecciones– tienen la sensación de que el mundo, de alguna manera, les pertenece. Se enteran de los acontecimientos locales, regionales, nacionales e internacionales, generalmente a través de la televisión, pues no es que lean mucho.

Galeanos, Patiños, Escobares y Paniaguas, junto con los demás habitantes del asentamiento, ponen su atención en lo que ocurre en cualquiera de esos ámbitos y programan su vida de acuerdo con tales circunstancias. Por eso, los jóvenes se preocupan por hacerse tecnólogos o profesionales en cualquiera de las ramas del conocimiento útiles para su tiempo, pues saben que la adecuada formación académica les provee herramientas para vivir en un mundo cada vez más globalizado y competido, en el que únicamente aquellos que lo asuman de manera apropiada sobrevivirán con éxito.

Los padres, entre tanto, se interesan porque a sus hijos de todas las edades no les falte el estudio que ellos no tuvieron, mientras se aferran, con dedicación y hasta con angustia, a sus fuentes de ingresos económicos.

Los mayores coinciden en su preocupación por el futuro que ofrece el país, ante lo cual unos aceptan con resignación su suerte y buscan en las religiones un poco de paz mientras llega su hora final. Otros, los de espíritu emprendedor, convierten su antigua casa de bahareque, de tapia o de material, en moderno negocio de comidas o de cerrajería o de alguna otra índole que les sea rentable, con lo que han transformado el asentamiento en un animado conglomerado un tanto residencial, otro poco semindustrial y otro comercial. Los demás se están yendo e invitan a los indecisos a que hagan lo mismo. Su destino preferencial: Estados Unidos.

Quizá llegue a ser tan importante el número de madereños en ese país que, entonces, los que se casan todavía entre primos, como ocurrió hace apenas tres años entre Escobares y Paniaguas, o entre vecinos –aunque no sean parientes– como seguramente habrá de ocurrir entre Galeanos y Guerras, empiecen a vivir un singular capítulo de su historia, inimaginable hasta ahora, allende las fronteras, paralelo al que se continuará escribiendo en el asentamiento, cuya vida completa casi dos centurias.

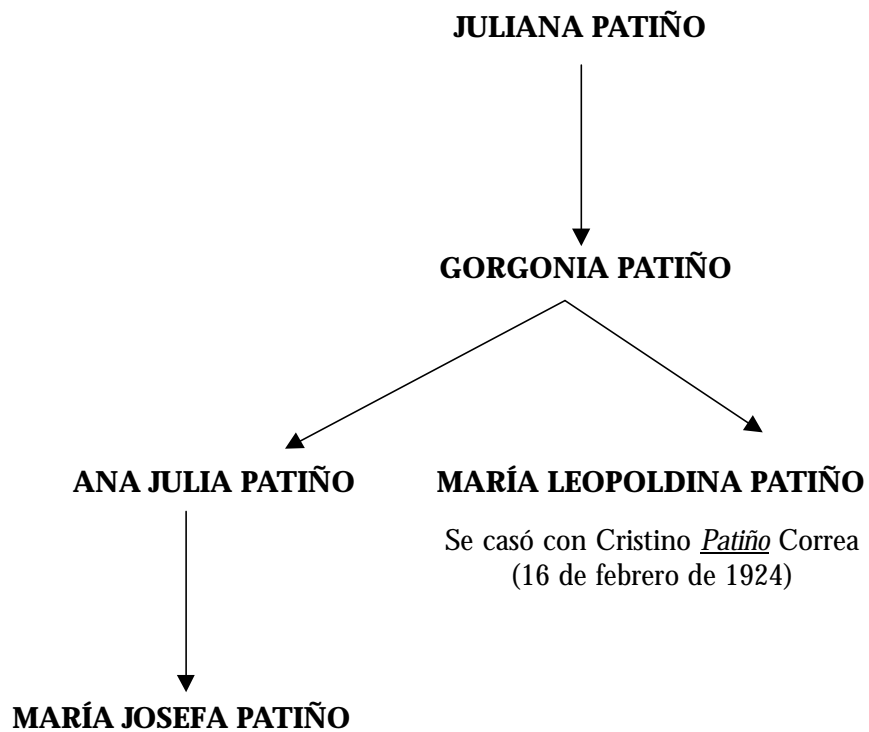
Será el caso de Nubia Jaramillo, la esposa de Rogelio Galeano –anfitriones de los gitanos–, hecha madereña desde hace más de treinta años, quien aguarda por su visa para viajar a New Jersey donde la espera una de sus hijas y pretende llevarse al resto de su familia nuclear. Mientras tanto, salta de su cama todas las mañanas para ir hasta la cancha de fútbol; levanta su nariz al viento y aspira a fondo –para llenar pulmones, sentimiento y memoria– el aroma de las flores de los mangos centenarios que sobreviven en los patios de algunas casas madereñas y en las descuidadas instalaciones de lo que fuera el club gallístico “Cantaclaro”. Es el recuerdo que quiere llevarse. Es tal vez el recuerdo que otros ya se llevaron, pues los madereños fueron esclavos en la época de la esclavitud; agricultores cuando esas tierras produjeron alimentos; pescadores cuando el río estaba vivo; obreros en los tiempos de la industrialización del Valle de Aburrá; ciudadanos desde que la urbe los absorbió y ahora, como tantos otros colombianos, también emigrantes.





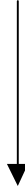
## Apéndice

Cuadro genealógico hasta la tercera generación



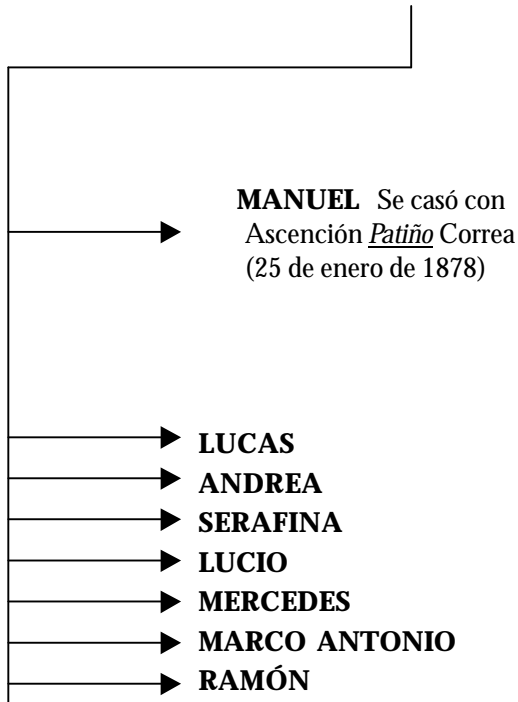


**SILVERIO PANIAGUA ↔ LORENZA MEZA**  
(3 de agosto de 1811)



**PEDRO TELMO PANIAGUA MEZA**

Se casó con  
Dolores Escobar Prisco  
(8 de noviembre de 1845)



**MARCELO ESCOBAR** ↔ **TERESA PRISCO GALIANO**  
(2 de septiembre de 1821)

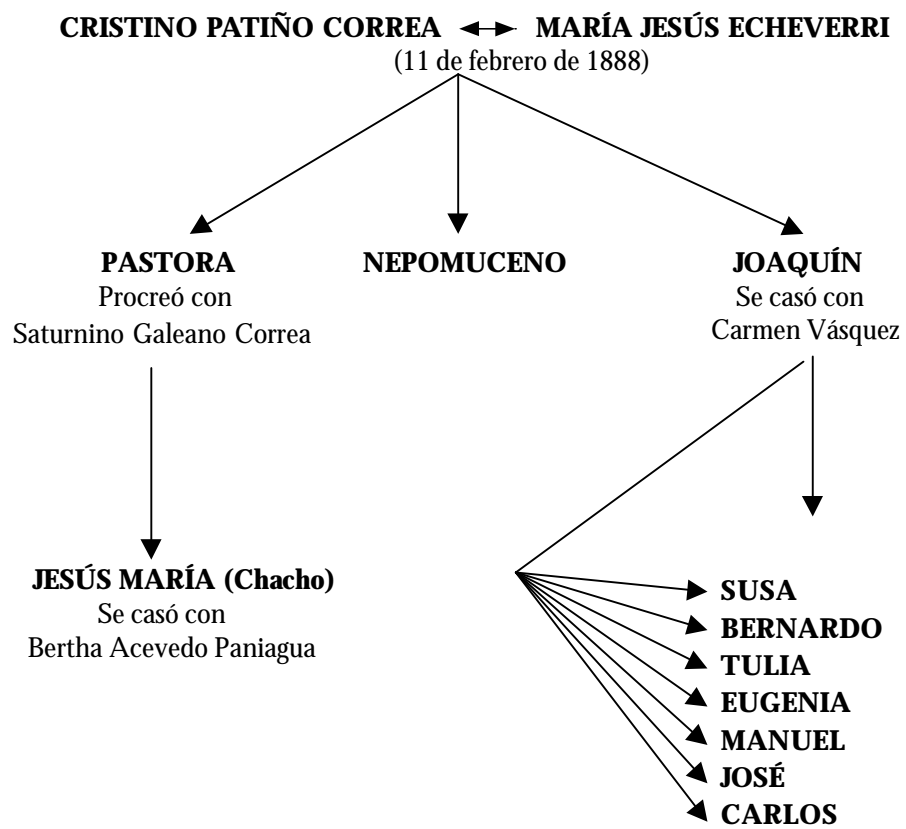


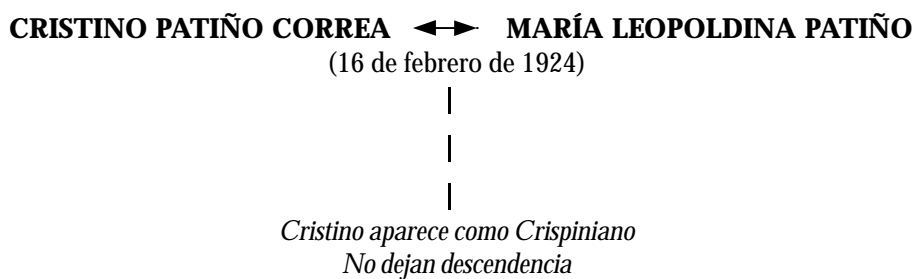
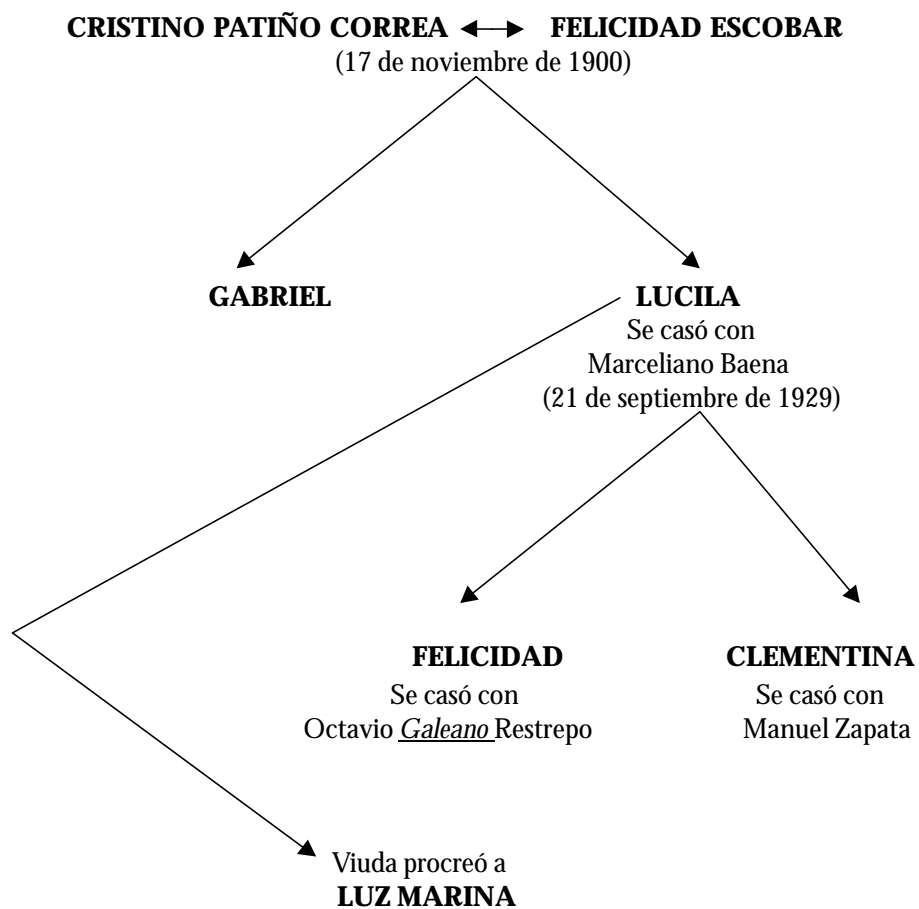
**DOLORES ESCOBAR PRISCO**  
Se casó con  
Pedro Telmo Paniagua Meza  
(8 de noviembre de 1845)



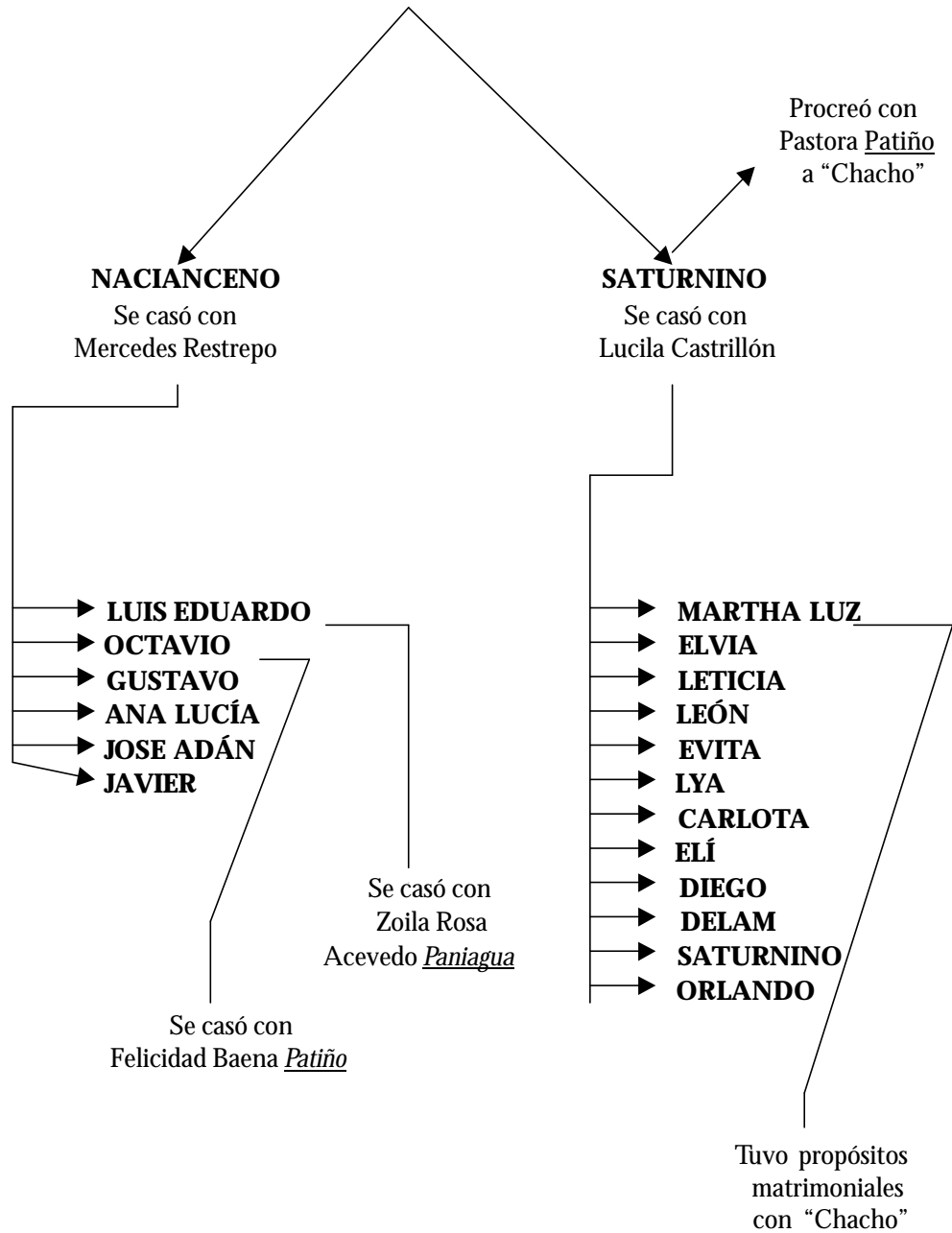
**Manuel** (Con Ascención)  
**Lucas**  
**Andrea**  
**Serafina**  
**Lucio**  
**Mercedes**  
**Marco Antonio**  
**Ramón**

Cuadro genealógico desde la tercera generación hasta hoy

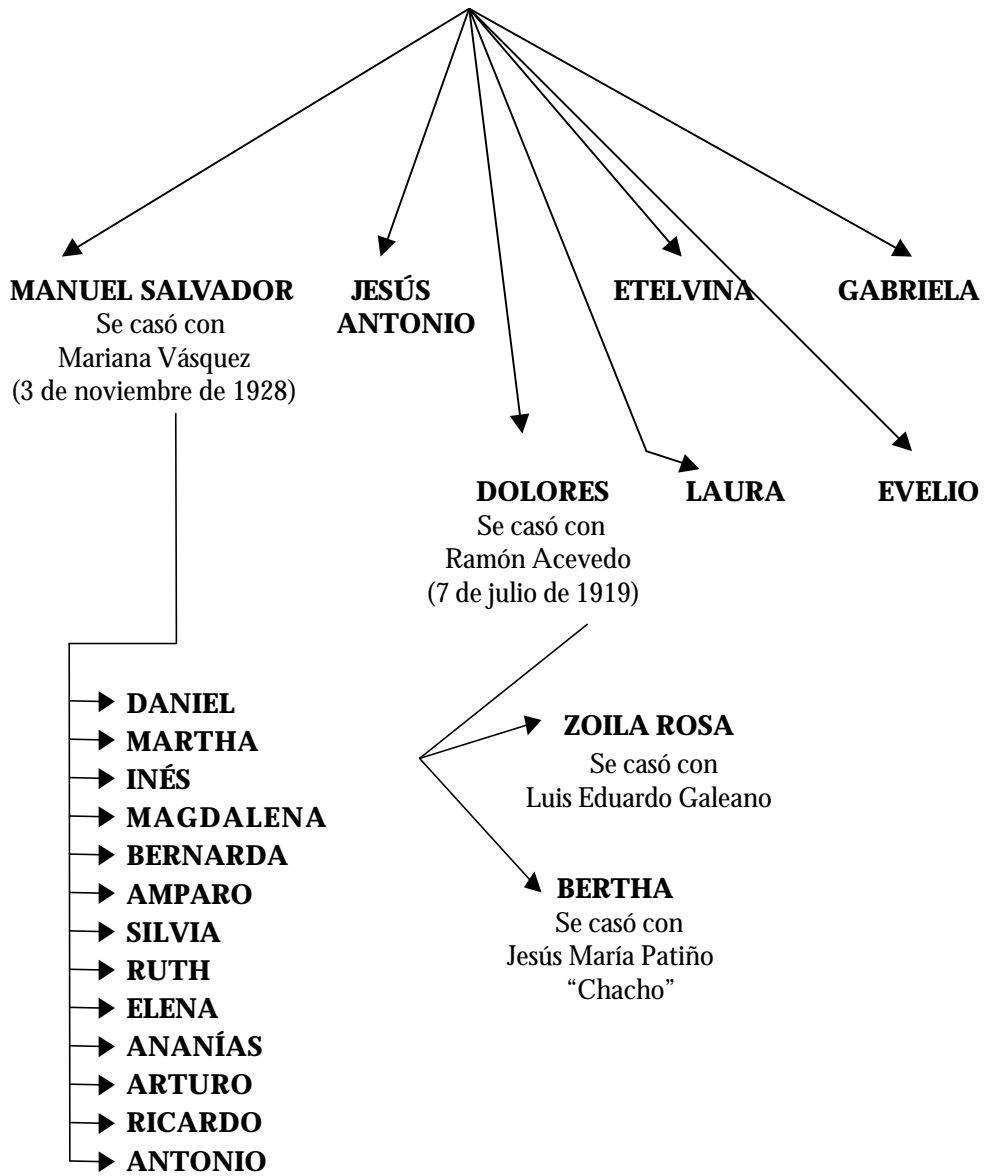




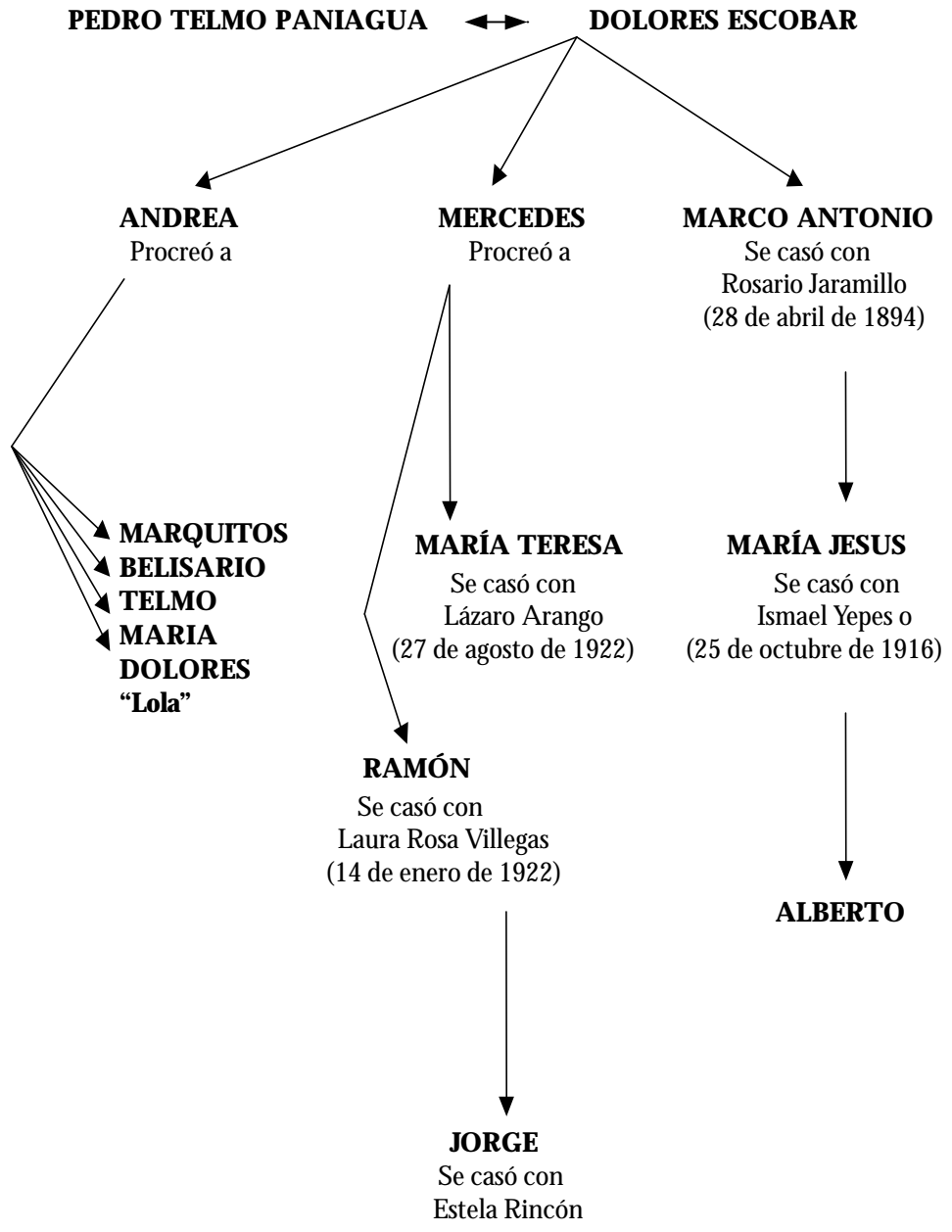
**SATURNINO GALEANO** ↔ **SEGUNDA PATIÑO CORREA**  
(30 de octubre de 1886)



**MANUEL PANIAGUA ESCOBAR** ↔ **ASENCIÓN PATIÑO CORREA**  
(25 de enero de 1878)











## Fuentes

- Entrevistas con los adultos del barrio La Madera, Bello, 1998 y 1999
- Archivo Parroquial de la Iglesia de Nuestra señora del Rosario, Bello, 1999
- Archivo Parroquial de la Iglesia de San José Obrero, Bello, 1999
- Archivos fotográficos familiares, 1999
- Oficina de Planeación Municipal de Bello, 1999
- Hemeroteca Municipal, Bello, 1998
- *Soñemos con el Medellín de antaño*, José María Bravo Betancur, Medellín, 1994
- *Medellín los años locos*, Anita Gómez de Cárdenas, Medellín, 1985
- *Nueva Historia de Colombia*, Editorial Planeta, Bogotá, 1989
- *Los hilos perfectos, crónica de Fabricato en sus 70 años*, E. Livardo Ospina, Medellín, 1990
- *Relación de la Provincia de Antioquia*, Francisco Silvestre, Medellín, 1998
- *Bello patrimonio cultural*, Bello, 1994
- *Diagnóstico de la situación actual*, Plan de Desarrollo del Municipio de Bello, Bello, 1989
- *Homenaje nacional de fotografía 1998 Nereo*, Ministerio de Cultura, Santafé de Bogotá, 1998

- *La música que es como la vida*, Orlando Mora Patiño, Medellín, 1989
- *Cosas viejas de la villa de La Candelaria*, Lisandro Ochoa Ochoa, Medellín, 2ª Edición, sin fecha
- *Los Paisas somos así*, Luis Lalinde Botero en *Antioquia, tierra de trabajo y progreso*, Medellín, 1961
- *El río Medellín, historia gráfica*, Instituto Mi Río, Medellín, 1998
- *Historia de Medellín*, Jorge Orlando Melo editor, Santafé de Bogotá, 1996
- *Tras las huellas del abuelo, historia de Antioquia*, Humberto Tamayo Jaramillo, Medellín, 1999
- *El Municipio y su historia*, periódico, Bello, 1998



Edgar Alonso Muñoz Delgado

**C**omunicador Social de la Universidad Nacional Autónoma, sede Medellín.

Ha publicado artículos periodísticos en algunos medios impresos del Valle de Aburrá. Dirigido y presentado espacios radiofónicos en la Emisora Cultural Universidad de Antioquia y en otras estaciones locales. En la actualidad prepara un proyecto de investigación de memoria oral en una comunidad del Norte del Área Metropolitana.





*Este libro se terminó de imprimir en la  
Editorial Marín Vieco Ltda en el mes de Febrero de 2002.*

*La caratula se imprimió en propalmate 150 gramos,  
las páginas interiores en propal beige 70 gramos.*

*Las fuentes tipográficas empleadas son Goudy Old St BT y Lucida Sans Unicode.*

